



Álvaro Armando Vasseur

# **Cantos Augurales**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Álvaro Armando Vasseur

## Cantos Augurales

Ofrenda

Para fruición entusiasmo y perseverancia de cuantos padecen la neurosis mesiánica de un más armonioso devenir humano, dedica, por mi intermedio, estos Cantos Augurales el Verbo balbuciente de la joven Atlántida.

A. V.

La Epopeya del Abismo

A la memoria de WALT WHITMAN,

rapsoda de la democracia.

Questo, a cui con mille e mille ferri  
smungi ed apri le vene, ed è sol reo  
di tua grandezza, questo che tu inferri  
nel fango è Briareo;

E sorgerà: su la spezzata gogna  
agiterà le cento braccia inmani,  
e schiaccerà la tua viva carogna  
co'l martel de Titani.

M. RAPISARDI, Giustizia. -XII Marzo.

¡Arriba, humanidad!

«...Él solo debió ponerse en  
camino para ser el primero en descubrir el país de los hombres del porvenir».

R. WAGNER.

Un abismo en cuyo más profundo lecho crepita el fuego central del Planeta.

Tan vasto e intrincado que en él caben todas las ciudades de la tierra.

Visto de lo alto de las escarpas laterales, el fuego central, que serpea por sus remotos lechos, semeja vetas de oro líquido. Su claridad irradiá resplandores de colada.

Cada estrato geológico de los que forman las vertientes del Abismo constituye una época histórica: un cielo social.

El Abismo, linda de un lado con la eterna Noche; del otro con el Alba.

De cada estrato lateral, a lo largo de los accidentados despeñaderos, caen racimos de seres humanos, tribus, familias, envueltos en torbellinos de alaridos, de ayes, de quejas y furibundas imprecaciones.

Van rodando, rodando, de precipicio en precipicio, hasta desembocar, envueltos en una avalancha de pedruscos, árboles, lianas trepadoras, bestias tentaculares, polvo, lodo y humo, en el Abismo central.

Brumas invernales, nubes multiformes, velan de cuando en cuando tan horrorosas catástrofes.

Es un continuo caer.

Algunas regiones del Abismo están casi repletas de restos y osamentas humanas. Forman osarios, abruptos como montañas.

Por todos lados una flora fúnebre, pestilencial, se multiplica, en las lúgubres vertientes, en los desolados desfiladeros, en los montes helados que se perfilan en la penumbra.

Allí vegetan y laboran las Castas miserandas de la Historia.

Las Canallas de todos los tiempos. La Chusma universal.

En los oscuros antros de las profundidades, en las cavernas crepusculares, bajo los hirsutos y convulsionados bosques subterráneos.

Toda la tetralogía terrestre que llaman salvajismo, barbarie, civilización y humanismo, hace más de cien mil años que se desarrolla en su seno.

Las pululantes humanidades que merodean en las vertientes del Abismo, no tienen más que una obsesión: no despeñarse por completo; no ser devoradas por el fuego central...

Empero, algunos míseros, con almas de titanes, sueñan sueños de locas aventuras, de maravillosas ascensiones. Son los Vates de la Horda; los Rapsodas de las réprobas Canallas.

Han oído hablar de tierras libres, de horizontes ilimitados, de aire salubre, de luz dorada, de vida alegre, de ardiente sol y salvaje libertad, allá arriba, en las vertiginosas alturas del Abismo.

Allá arriba, del lado del cielo, por donde, en algunas mañanas, cuando la tempestad no tronitúa en las bituminosas gargantas del Abismo y los vapores de las nieblas no velan la magnética visión del lejano azur, filtra, a través de las troneras geológicas y de los oscuros bosques, un como resplandor celeste de tibieza y de luz.

En vano, las lenguas de los Pontífices predicán a las rampantes ánimas, que allá arriba sólo pueden vivir los dioses y las diosas...

En vano, los Guerreros custodian, con mortíferas armas, los pasos vedados de los desfiladeros y los inaccesibles senderos de las montañas.

En vano, los Superhombres, afirman que el Abismo es la patria de los trabajadores, el limbo perdurable de los esclavos.

En vano arguyen que sólo podrán ascender a la divina superficie planetaria, al tardo andar de los milenarios, sobre las pirámides fúnebres de su parentalia, sobre los osarios de la sacrificada Canalla, luego de haber terraplenado, con sus exhaustas osamentas propiciatorias, todos los antros de la Tierra y nivelado, así, el inconmensurable Abismo de las iniquidades sociales.

En vano los cerberos de la Especie discurren acerca de los peligros que entrañaría el que los moradores del Abismo osaran escalar en masa las regiones del rayo, del relámpago y del trueno.

En vano, les predicán la resignación, el dolor, la fe ultraterrestre, la caridad, en las viscosas cavernas de su ostracismo y su abyección.

En vano, claman que el primer deber del tchandala es conformarse con su destino, y le vedan plantear soluciones nuevas a las ociosas divinidades...

En vano, les dicen que demasiada faena tienen con ir terraplenando con sus propios huesos el monstruoso Abismo y fertilizar la yerma soledad de su desgracia con la sangre de sus mártires, las lágrimas de sus profetas y su sudor infame de Canallas...

En vano les susurran, con convicción mentida, que nada han de conseguir que no sea quebrantar sus fuerzas y aniquilar su Casta si dan en agregar arduas fatigas y preocupaciones a sus exorbitantes angustias cotidianas!...

En vano, cuando aparece algún Desconocido que les incita a la duda, a la rebelión, y al escalamiento de los estratos superiores del Abismo, le enseñan a lapidarlo, crucificarlo, quemarlo, descuartizarlo, y a dispersar sus sublimes pavesas en la cólera de los huracanes...

En vano les enseñan a esperar, a sufrir, a soñar despiertos, y a bien morir!...

En vano se proclaman mandatarios de un Supremo Señor, a quien atribuyen la creación omnisciente del Gran Todo.

En vano les infunden el vértigo de las alturas, los misteriosos espeluznos del terror, la atracción del Abismo, el quietismo vegetativo, la hórrida inconsciencia, la insensibilidad brutal...

¡En vano!

Los réprobos del Abismo parecen renacer de sus cenizas. Se multiplican en inimaginables avatares.

Cada vez más, pululan los tonantes Desconocidos, en las tinieblas larvales de las cavernas, en las asperezas de los picachos, en las malezas selváticas, en las sendas ignotas de los precipicios.

Sus Evangelios, diversamente consoladores, de más en más solidarios y ascensionales, dominan el fragor de los torrentes, el rodar de las vivientes avalanchas, y las mil y una resonancias del negro Abismo Social.

\* \* \*

En las noches, en que por los desfiladeros de Miseria Humana la tempestad de las Iniquidades ruge más sordamente, arrancando de cuajo cuanto se opone a sus ímpetus, resuena el alarido augural de los Desconocidos, el canto de desafío y de fulminación que corearán más tarde las ingentes Canallas.

En tanto la chusma ora, se estremece y suspira sus lamentaciones, tratando de aplacar con plegarias y exvotos las Potencias Descadenadas de la Altura -el último de los Desconocidos canta:

La canción del rebelde

Yo soy el Luzbel moderno,

soterrado en el Infierno  
bestial de la Realidad;  
mis grandes alas sidéreas  
de transparencias aéreas  
quemó, la Fatalidad!

Arde, en sublime congoja,  
mi réproba alma, roja  
como una brasa infernal,  
mientras todos los sumisos  
gozan en los Paraísos  
su sumisión inmortal!

Deidades y serafines,

ángeles y querubines  
toda la corte servil  
ni recuerda mi «Caída»...,  
en el Empíreo derruida  
fue, mi torre de marfil!

El supremo Gran Tacaño,  
cadavérico y huraño  
en su rencor triunfal,  
destruyó todo vestigio  
de mi glorioso prestigio  
en su harem paradisial!

Ya, ni me ríen de lejos  
los zodiacales reflejos  
de mi pasado esplendor.  
¡Es tan inmenso este abismo  
que de no ser yo el mismo  
Luzbel, sentiría horror!

En la tiniebla que acrece  
todo mi ser fosforece  
como los monstruos del mar.  
¡Ser de luz, y estar a oscuras!  
¡Oh, las negras conjeturas!  
¡El hórrido tantear!

Soledad, de incomprendidos  
soledad de los caídos,  
fiel y amarga soledad  
imprime sobre mi frente  
el beso helado y sapiente  
que da la genialidad!

¡Redivive mis pupilas,  
reconstruye mis axilas,  
-vastas alas de Verdad-;  
y en los círculos profundos  
yo crearé nuevos Mundos  
y una libre Humanidad!

Me siento ubérrimo y fuerte,  
inaccesible a la Muerte,  
más intangible que Dios...  
Él, es viejo y achacoso,  
yo joven, viril, hermoso:  
¿Quién vencerá de los Dos?

No poseo la noción  
del tiempo de mi prisión:  
¿Cuántos milenios harán?  
Quizá ya el Otro no existe  
y el Orbe hasta entonces triste  
sonríe a Luzbel y a Pan!

. . . . .  
. . . . .

Mas... ¿qué claridad ignota?  
¿Qué dulce canción remota  
llega hasta mi soledad?  
¿Vienen ambas del subsuelo  
o de los astros del cielo?  
¿Qué cantan? ¿Será verdad?

. . . . .

«¡EL GRAN TACAÑO HA MUERTO!  
¡ALMAS DE AMOR GOZA!  
¡EL GRAN TACAÑO HA MUERTO!  
¡SURSUM, HUMANIDAD!».

Y mientras las muchedumbres que han ido rodeando al Desconocido se dispersan, ebrias de épicas efervescencias, coreando su mágica canción -de todos los estratos del Abismo-, niñas, niños, jóvenes hombres, mujeres, ancianos, familias y pueblos en masa, ruedan continuamente de precipicio en precipicio, hasta el remoto lecho donde llamea ¡el fuego central...

¡Caen, caen, caen!

La Tebaida de los soñadores

«¡Ve, Purna.

Emancipado emancipa; Consolado consuela!».

BUDDA

Estamos en uno de los estratos medios del Abismo.

Una penumbra cenicienta clarea el desolado panorama.

Es una como altiplanicie escarpada, que se extiende a lo largo de las gargantas del Abismo.

La altiplanicie aparece erizada de altas y solitarias torrecillas. A lo lejos, en la sombra dantesca, rugen los torrentes. Se alza el rum rum inenarrable de las enjambrazones humanas, que caen eternamente en el vacío.

Es la Tebaida de los Soñadores.

La altiplanicie del ocio y del ensueño en la que han levantado sus viviendas, los Réprobos que escapan de los antros del Abismo, burlando la vigilancia de los Cíclopes y arrastrándose por los vertiginosos despeñaderos, erizados de malezas parasitarias y de viscosidades trágicas...

Un silencio de funeral flota sobre la Tebaida. Sus millares de pobladores no se conocen, no se saludan ni se hablan jamás...

Odian todos los rumores circunvecinos. Detestan toda promiscuidad. En lo alto de sus torres, -que los terremotos del Abismo bambolean y a menudo arrojan por el fango- evaporan sus místicas quimeras en la sucia bruma del erial.

Desde lo alto de su inconmensurable inconsciencia, miran, acaso sin ver, las cenagosas cerviflexiones de los miserables, como desde las cumbres de las montañas.

Viven entre las humanidades miliunanochescas que han forjado, a cincelazos de utopía, en las canteras vírgenes de sus númenes.

Y no ven, no quieren, no pueden ver, nada de cuanto les rodea, de cuanto les asfixia a su alrededor.

La monstruosa Tierra les ha abierto los horrores de su seno, mareándoles para siempre jamás.

Desde entonces padecen la náusea de la realidad y la sed de lo ideal -porque no conciben que en esta misma Tierra, la realidad pueda poseer encantos y maravillas superiores a toda imaginación.

Por ello, cuando los rugientes Desconocidos pasan por su Tebaida, entonando las elegías de la Casta Doliente, los salmos ululantes y los ardientes yambos de la rebelión, los más se encogen de hombros y los menos sonrían indiferentemente.

Los dejan pasar en silencio, como si fueran un aquelarre de espectros, emancipados de toda afinidad y preocupación humanas!

Empero, una noche los terraplenadores del Abismo se aperciben de su insultante inacción.

Comienzan a comunicarse entre ellos los lóbregos designios de su cólera.



Y se dicen: «¡Guay de aquellos que sueñan mientras sus hermanos laboran en la sombra y perecen aplastados por la iniquidad! ¡Guay de ellos!».

Y de común acuerdo los mineros del Abismo deciden minar los cimientos de la altiplanicie. Hacerla volar en la bruma, con sus torres y sus orgullosos solitarios.

Entonces aparece, tanteando en las tinieblas, el último de los Desconocidos. La soledad, fiel a su deseo, hale dotado del don de videncia, y del don de desdoblamiento y ubicuidad.

La Muchedumbre suspende su faena y le rodea. Algunos reconocen al divino Cantor.

Le hacen depositario de sus cuitas. Lo cuentan los detalles de la nueva empresa. Le interrogan acerca de su opinión.

El Rapsoda concreta su pensar:

«Nadie, aquí abajo, está por ni para él solo».

«Lo que cada cual sufre, piensa y vive, lo sufre, piensa y vive para todos».

«Dejadme que les envuelva en el torbellino de mi reto. Que les arrastre en el torrente de mi Verbo como los arbustos secos del Otoño.

Dejad que estrelle al pie de sus torres el embravecido oleaje del océano de las injusticias humanas».

«¡Que se empapen de amargura! ¡Que se estremezcan de dolor y de impetuosidad!».

«Y si callan, si persisten en su aislamiento, si cierran sus sentidos al deber, al amor, y a la gloria que los llama, ¡Cumplid vuestros designios!».

«Pues en verdad os digo que ellos ya están muertos en vida!».

Luego el Último de los Desconocidos se encamina hacia la Tebaida de los soñadores.

Inmensas Muchedumbres de réprobos le acompañan.

Y frente a la torre más alta de la soñolienta altiplanicie el Portavoz estalla:

¡Despierta soñador!

Soñador: la corona de espinas  
como un regio presente te aguarda;  
abandona los muelles ensueños,  
al sol de la Vida, ¡levántate y anda!

¡Soñador: flagelado Ecce-homo  
de una eterna vía-crucis privada,  
deja al viento gemir en su fuga,  
tu horror hecho Verbo solivie las almas!

Soñador: ya la urna está pronta,  
incinera tus cuitas vedadas,  
y en el mar sin riberas del Mundo  
embebe la esponja febril de tus ansias.

¡Y retírala plena de sangre  
-roja sangre de angustias humanas-,  
flamescente de amor y sapiencia,  
genial y explosiva cual ígnea granada!

¡Y proyéctala inmensa en el Orbe  
chorreando sus turbias infamias,  
cual matriz de la chusma rebelde  
que incuba en su seno viril otra Raza!

¡Qué se empape de ella la Tierra,  
los desiertos, los montes, las aguas,  
los abismos, las urbes, los campos,  
el día, la noche y el tiempo que pasa!

¡Que fecunde las mentes estériles,  
y las flácidas ubres exhaustas,  
y la yertas simientes sedientas,  
y el óvulo exangüe de todas las savias!

¡Que enrojezca las fuentes salubres  
do los héroes libérrimos sacian  
la augural ardentía universal  
que encrespa y hermana las viles Canallas!

Soñador: rutilante querube  
de los cielos de todas las fábulas;  
no confíes en dioses etéreos,  
por lecho ni presa, talentos ni gracias.

La lanzada cruel de la envidia  
te recuerde lo vil de la Casta;  
y el tajante soslayo del odio,  
que a rudas empresas prepare tus garras.

Pues es llora de ir por tu riesgo

-paladín de inefables cruzadas-  
en honor de los nuevos derechos  
que forjan los Pueblos rebeldes en armas.

¡Que el riente gorjear de la alondra  
te suscite amorosas nostalgias:  
la infinita visión de las vírgenes  
que en vano acicalan sus formas intactas!

No te pierdas, al precio irrisorio  
de una breve pasión miseranda;  
ni enajenes, por goces de un día,  
augustos designios, tendencias preclaras.

¡Sé tú mismo tu guía terrestre,  
cumplidor de tu propia enseñanza,  
voluntad depurada en crisoles  
de férrea experiencia, a prueba de lágrimas!

¡Que del Piélagos ingente del Kosmos  
reasumas la luz increada,  
y mejor que el llameante Zodiaco  
tus hombros sustenten la antorcha de tu Alma!

En el silencio de la expectativa algunos soñadores descenden de sus torres. Los más,  
parecen no haber oído nada.

El último de los Desconocidos ha desaparecido.

A poco, las Muchedumbres tornan a sus antros, y los mineros a sus minas.

El Abismo resuena con los lejanos Cantos Augurales.

Luego en la quietud mortuoria del promontorio estalla una formidable explosión...

El ambiente se espesa, se arremolina, gira en vértigos catastróficos, y durante largo  
tiempo todo es caótico, fantasmal...

Entretanto, de todos los estratos del Abismo, continúa la labor niveladora...

De precipicio en precipicio, hasta el remoto lecho donde llamea el fuego central es un  
eterno rodar de víctimas humanas...

¡Caen, caen, caen!

¡Hacia la humanización!

«Según el derecho divino, Dios ha hecho a los pobres y a los ricos del mismo barro, y una misma tierra los sustenta. Suprimid el derecho de los emperadores ¿quien osará decir: Esta ciudad me pertenece, este esclavo es mío, esta casa es mía?»

«SAN AGUSTÍN».

Cierta tarde pluviosa, errando por los ventisqueros del Abismo el espíritu del Último de los Desconocidos llegó hasta el extremo de uno de sus más bajos estratos.

Un hedor de esqueletos corrompidos de carroñas putrefactas subía del fondo de las húmedas tinieblas, impregnándolo todo de sórdidas pringosidades.

Por doquiera, en las cavernas y en los antros, en los huecos de los árboles y bajo los luctuosos ramajes, vibraba el sordo laborar de los rampantes homúnculos. El rumor monótono de las ergástulas fabriles de las ciudades subterráneas.

Con su poder de videncia el último de los Desconocidos veía agitarse la Humanidad de los desheredados, el piélago misérrimo de los infer-hombres, como los hormigueros que avienta la electricidad.

Veíalos, los más corrompidos por la ignorancia, borrachos de inercia, podridos de cansancios hereditarios, decrépitos de miseria y abyección.

Los menos, agitados por los soplos inefables de la altura, con sus psiquis embrionarias, sus pupilas aún semiveladas por los antiguos sopores, y el andar tambaleante de los prematuros...

Con sus sentidos cuasi inactivos; sin garras y sin alas. Constreñidos a un perpetuo manoseo de cosas inmundas y horripilantes.

Obsesionados por la inmediatez del Abismo. Encorvados en los pozos de su propia fecundidad; acarreado petróleo y cosechando el fruto de los olivares, cuya luz no gozarían nunca; buscando vetas de metal tendría un destino para ellos desconocido; sumergidos entre el zumo hervoroso de los lagares, cuya deliciosa ambrosía haría luego la delectación de los ociosos Señores del Orbe; amasando la ardua levadura terráquea para las cosechas y las vendimias del porvenir.

Y al par, terraplenando los precipicios, nivelando las pétreas abruptuosidades de la Vida...

¿Subiendo o bajando? ¡Nivelando, nivelando!

Entonces, ante aquella visión de las tinieblas, el Último de los Desconocidos, elevando su faz lívida de órbitas vacías hacia las privilegiadas alturas del Abismo, comenzó a apostrofar a las invisibles Potencias Expoliadoras:

Oíd potentados...

Si fecundo como el mar  
y como el mar uniforme  
parece el pueblo conforme  
con su eterno laborar,  
es infame prolongar  
su lúgubre continencia  
y su jobiana paciencia,  
hoy que todo se reforma  
se multiplica y transforma  
en el crisol de la Ciencia.

¿Qué la suave «evolución»  
la forjan los más audaces?  
¿Qué las clases más tenaces  
se apoderan del timón,  
y marcan la orientación  
al agregado social?...  
¿Qué en el mundo Occidental  
siempre ha pasado lo mismo?  
¿Qué a las clases del Abismo  
les basta con lo Ideal?

Nuestra cultura moderna  
es obra griega y romana;  
es semítica y cristiana,  
no inmutable ni eterna!  
El hombre de la Caverna  
es nuestro padre ancestral;  
y todo el haber social  
y la sapiencia heredada  
es potencia acumulada  
para bien universal!

Existen diversos modos  
de avalorar las naciones  
y las civilizaciones  
surgidas de los éxodos;  
yo observo en los pueblos todos  
su tiempo de trabajar,

de dormir y de soñar.  
¿Les absorben los negocios?  
¿Disfrutan de nobles ocios?  
¿A qué destinan su ocio?

Porque el devenir humano  
no ha de ser arduo ni bajo;  
si vivir es gran trabajo  
se es esclavo de un tirano.  
¿O acaso es un sueño vano  
la inefable libertad?  
¿Qué gesta la humanidad  
en su taller de experiencia?  
¿Es impotente la Ciencia  
contra tal necesidad?

Se vive para vivir  
y no para vegetar;  
trabajar por trabajar  
es vegetar, es morir.  
La Vida sin porvenir,  
sin cambio ni ociosidad,  
sin arbitrio ni equidad  
no merece ser sufrida.  
Hay que emancipar la Vida  
de mucha Fatalidad!

¿Nuestra Especie es razonable?  
¿Tiene sensibilidad?  
¿O es pura animalidad,  
inconscia, pueril, inestable?  
¿Es acaso irrealizable  
la sociedad libertaria,  
sin Canalla tributaria  
sin miseria, ni abyección?  
¿La plena Humanización,  
científica y solidaria?

Y en tanto que el apóstrofe revolucionario -asciende en flamígeras espirales de interrogaciones, hasta desvanecerse en el remoto azur-, de todos los estratos del Abismo continúa la trágica labor niveladora...

De precipicio en precipicio, ruedan las palpitantes avalanchas de los vencidos hasta desaparecer en el negro pozo central.

¡Caen, caed, caen!

La «civilización»

«Confundíos en un beso,

Multitudes. Y que ante ese beso se humille el Universo entero».

Versos de SCHILLER en la Novena Sinfonía de Beethoven.

Siempre errando por los malditos círculos, ora subiendo ora bajando, -el Último de los Desconocidos- llega a una capital babélica, rodeada de ciudadelas, parapetada de bastiones, erizada de armas mortíferas e instrumentos de guerra.

Las torres de las catedrales dominan la inmensidad urbana. Los bronces de sus campanas dan a los vientos sonos de fe, de esperanza, de sumisión y de idealidad utilitarias.

Las dianas de los cuarteles, las gozosas fanfarrias de los regimientos, los alertas de los centinelas de las cárceles, los ayes y los fétidos olores que salen de los hospitales, -todo llega distinto y unánime- a los doloridos sensorios del Rapsoda.

Y la melopea bárbara de los martillos sobre los sonantes yunques, el rabioso silbar de las raudas locomotoras, el fragoroso estruendo de las fábricas, las mil y una resonancias de la «civilización», le inspiran acres inquietudes, virulentas sátiras.

Ve a las Multitudes, encorvadas, desde antes de alba, hasta entrada la noche, sobre sus innumerables labores parcelarias.

La bestia automática, con el brazo rígido, las pupilas fijas, la faz sudorosa, la respiración suspensa, las vísceras ávidas, la ideación ausente, sin amor, sin reposo, sin vigor, sin alma! Trabajando, sudando, degenerando! ¡Qué horrible vida! Y ¿para qué? ¿para quién?

Luego recorre los vastos boulevares, las desiertas plazas, las tortuosas catacumbas, las repletas necrópolis, los callados conventos, toda la monumental, solemne, absurda y esclavócrata capital.

Y en vano busca -entre los millares de casas alineadas y numeradas a lo largo de sus calles-, la puerta entreabierta, la alegre tabla redonda, el lecho pulcro y halagüeño, los brazos abiertos, los sonrientes labios amorosos de las bellas del hogar hospitalario, donde reposar de sus peregrinajes, libre de las polvorientas sandalias, de la túnica polvorienta, del arpa tempestuosa, del añoso báculo y de las pesadillas trágicas!

Y estremecido de espanto, vibrante de indignación, ante tan inicua munificencia y tanta honorable hipocresía, el Último de los Desconocidos ruge a la chusma sumisa y atónita de aquella Siberia «civilizada».

Ten pudor

Bajo la bota del Amo  
que vive de tu sudor,  
pueblo, que canto y que amo;  
¡Ten pudor!

En las basílicas sacras  
donde ora tu Señor  
jamás, exhibas tus lacras;  
¡Ten pudor!

Si te encuentras sin abrigo  
sin hogar y sin favor,  
sé todo, menos mendigo;  
¡Ten pudor!

¡Parásito cuartelero,  
autómata del valor  
que asesinas por dinero!  
¡Ten pudor!

Rufián de la cosa ajena,  
político mercator  
condenable a la Gehena;  
¡Ten pudor!

Mozuela de barrio bajo,  
maniquí de mostrador  
que anemia el sobre trabajo;  
¡Ten pudor!

Dómine de rostro serio,  
astuto, como el peor,  
que lucras con el Misterio,  
¡Ten pudor!

¡Joven, de faz amarilla,  
pestífera del Amor...  
que ruedas de villa en villa!  
¡Ten pudor!

¡Vieja, salida de quicio,  
beata de hondo fervor  
qué especulas con el Vicio!  
¡Ten pudor!



Villanesco que concilias  
el interés y el amor,  
y ríes de mis homilías;  
¡Ten pudor!

Chusma vil que glorifico  
con numen libertador,  
tal serás, mientras haya un rico;  
¡Ten pudor!

Tal serás, mientras protervo  
alguien sorba tu sudor;  
¡Oh, Chusma! ¡oye mi Verbo!  
¡Ten pudor!

Alza rugosa y augusta  
tu frente de luchador,  
y si te amaga la fusta,  
¡Ten pudor!

Por tu prole innumerable,  
por tu destino ulterior,  
por tu fuerza incontrastable,  
¡Ten pudor!

Aturdidas por el vocear profético del Rapsoda, las Multitudes vanse dispersando como un enjambre de abejas aventado por el huracán.

Jamás han oído un Evangelio igual. Huyen temblando de infamia, de odio, de pavor.

Algunos harapientos recogen las líricas simientes del Revelador. Las fecundas durante los largos insomnios y las feroces vigiliás, en la incubadora calenturienta de sus almas.

Y en perseverantes balbuceos aprenden a recitarlas a sus míseros hermanos de fatiga, de causa y de habitáculo.

En tanto que, de precipicio en precipicio, por sobre las erizadas ciudadelas y los magníficos acueductos, los cadáveres de los vencidos continúan rodando, rodando hacia el abismo central...

¡Caen, caen, caen!

Visión de amores y cuacareo de ánimas

«Reniego de vosotros ¡oh fantasmas

Olímpicos!

Solo estoy contra vosotros.

Os parezco; mas soy más grande que vosotros porque soy Hombre y vosotros sois únicamente Dioses».

Juliano, en La Muerte de los Dioses, por D. DE MEREJKOWSKI.

¿Visteis la Caverna de los Ídolos en los cenagosos valles natales del Revelador?

¿La imponente Caverna de los Ídolos, donde el incienso de las plegarias humea, de las mentes lugareñas, como una ofrenda perenne ele inconsciencias cuotidianas?

¿Conocéis la Caverna, donde el Hambre, el Frío y el Dolor de las hormigueantes criaturas sub-humanas llenan los terroríficos ámbitos con vapores de angustias, oleajes de suspiros y relentes de lágrimas?

¿Conocéis la Caverna misteriosa, donde el Absurdo oficia de pontifical?

¿Y las pequeñas hipocresías y las ponzoñosas sugerencias y las pomposas conveniencias simulan los viejos gestos rituales, y el cuacareo de las añejas fábulas?

He aquí que el errante Cantor de las Rapsodias Revolucionarias girando de círculo en círculo y de estrato en estrato por el ingente Abismo, torna a los cenagosos valles natales.

La campana tutelar de la Caverna llama, llama, llama...

Él, recuerda conmovido sus inmortales sonos... Es toda su infancia, su adolescencia, la que vibra en la voz de la Campana.

El pasado incierto que revive; la visión del hogar, las festividades religiosas y patrióticas; la amistad, el amor, los ensueños de gloria, los auspicios del genio, los nerviosos afanes, la luz de las pupilas, el sol, la ociosidad!

¡Oh, la invisible Sirena que arrulla dentro de los graves campanas! ¡La Sirena con alas de Quimera que acecha las horas del desaliento, los días de la desesperanza, las noches de pena, los instantes de soledad! ¡Oh la alada, la esfíngida, la melosa Sirena! ¡Cómo sabe susurrar, en los más sordos oídos, las muelles condescendencias, los óptimos arrepentimientos, el veneno armonioso de las supersticiones y de las tolerancias!

¡Cómo difunde sus potentes opios, su letárgico cloroformo, sus tóxicas tizanas!

¿Quién, en la aldea, no acude al sacro reclamo de la Campana?

\* \* \*

Las bellas del contorno todas festivas, se encaminan a la solemne Caverna. Es un desfile de distinción, de belleza, de gracia...

Crujen, entre sus blancas manos, las suntuosas polleras, las líricas enaguas, el frou frou de las sedas, de los encajes y de las gasas.

El espíritu del Último de los Desconocidos, pensativo, las contempla como Orfeo ante las rondas de las bacantes.

La Campana familiar, llama, llama, llama...

De pronto, pasa Aquella, a la cual el Revelador ofrendara un día, la miel de sus panales, los búcaros de sus laureles rosa, el Graal de su crisol.

Ella le orla con un halo de amorosas recriminaciones. Lo interroga, en una multiplicación vertiginosa de asombros y nostalgias. Le ilumina con la doble antorcha de sus ojos. Le acaricia con sus llamas.

¡Y pasa!

El Revelador la sigue. Entra tras Ella en la funeral Caverna.

Y mientras la Imposible, postrada de hinojos en su reclinatorio, rinde culto a la antigua demencia, mientras la Caverna, toda, resuena con el monótono cuacareo de las postradas ánimas, el Revelador tiene como un sudor de sangre.

Y gime entre borbotones de ayes:

Brasa mística

Llega hasta mí, felice, sugestiva  
la ternura nupcial de tu presencia  
en la sombra del claustro pensativa;  
y así recordaré tu faz votiva  
en la flor de su blonda adolescencia.

Llega hasta mí el murmurio de tus preces,  
el quedo rozamiento del rosario,  
y el soplo de beatas languideces  
cuya esencia embriagara tantas veces  
mi corazón y el místico santuario.

Y un nudo de satánica agonía  
sofoca mi ternura, cuando pienso

en cuanto nos separa ¡vida mía!  
¡Oh estrella de una obscura idolatría!  
¡Oh brasa del altar y del incienso!

El nuevo cantar  
multiplicaos.)

(Emancipados: gozad y

A. V.

Un día, el Último de los desconocidos, asciende a una de las plataformas del Abismo.

Por todos los lados, la sorda labor formicular de las Canallas va transformando el lúgubre panorama.

Los precipicios disminuyen, las vertientes se suavizan, los antros se apenumbra, la inmensidad trueca su salvaje aspereza en melancólico páramo.

La flora pestilencial comienza a desaparecer ante la irrupción de una flora más salubre y clorofiliana.

La noche ya no es eterna. Hay sus claro-oscuros boreales, sus auroras inesperadas. Y alguna que otra vez, como un mensaje sublime, un breve pantallazo de sol puebla el Abismo de estremecimientos dorados.

El Revelador tiene como un éxtasis ante el laborear madreporico de la doliente Casta.

Inclina su espíritu en el pozo central; escruta el avance de la santa función niveladora.

Por todos lados la Voluntad de llegar a ser moldea las fatalidades ambientes, preside las fecundaciones, virtualiza los gérmenes, llena los ínfimos trilobites humanos de agudas percepciones y perseverancias titánicas.

Como una boa que cambia de piel, el Abismo cambia de forma, de dimensiones y de aspecto.

Asume un carácter simpático, de sobrehumana fortaleza, de consciente arquitectura, de severa grandiosidad.

Un espíritu de justicia, de solidaridad, de sacrificio, va eslabonando la infinita cadena viviente que sube y baja, ondula y se enrosca, gira y se distiende sin reposarse jamás.

Una pareja de enamorados le recibe con muestra de respeto y admiración.

Ella, parece un fruto primerizo de la cosecha futura, con su cráneo magnífico, su busto y sus caderas de joven titánida.

Él, evoca uno de esos tipos dantescos que se retuercen en las Puertas del Infierno de Rodin.

Ambos tienen la franca sonrisa, el radioso mirar de los amantes.

Se aman, lejos de las convenciones y de las falsas leyes de los hombres.

Le invitan a participar de su mesa, de su lecho, del calor y del fuego de su hogar.

Luego, ambos enamorados le piden un salmo de amor, de esperanza y de posteridad.

Y ante el alto misterio de aquellos dos Destinos confluidos en la misma parábola revolucionaria, el Último de los Desconocidos recita el nuevo Cantar de los Cantares.

Epitalamio

En el almohadón rosado

de tu pecho virginal,  
dulcemente reclinado,  
¡Cuántas veces he soñado  
en una prole inmortal!

Latía tu corazón  
como un picaflor, veloz;  
y era tal tu emoción  
que daba la sensación  
de que velabas a un dios.

¡Oh, mi reina Citerea,  
flor votiva de Himeneo!  
¡Que el fruto de mi deseo  
genial y ascendente sea  
cual un nuevo Prometeo!

El ritmo de amor fecundo  
vibre en tus sacras entrañas.  
¡Que en su misterio profundo  
nazca un redentor del Mundo  
soliviador de montañas!

¡No importa que no nos quiera,  
como a los suyos Jesús;

ni que escarnecido muera  
por alguna gran Quimera  
en alguna nueva cruz!

¡Ojalá lleve su cuervo  
bien prendido al corazón,  
para que el dolor acerbo  
haga rugir a su Verbo  
con sublime indignación!

Que sobre sus hombros muestre  
-como antorcha humanitaria-  
una cabeza terrestre  
de noble centauro ecuestre  
digna de su estirpe aria.

¡Que la Justicia celebre  
Bodas de oro con su ser,  
y el numen le dé su fiebre  
para que sea el orfebre  
de tan grandioso deber!

¡Qué en las modernas campañas  
de los derechos humanos  
el fruto de tus entrañas,  
cual cóndor de las montañas  
se nutra de los tiranos!

Que crezca meditabundo  
en la lid y en la fatiga;  
¡Que palpe el horror del Mundo,  
y sienta el afán fecundo  
de la cruz: ¡Conciencia obliga!

¡Mesías, vate y atrida  
del Trabajo y la Equidad;  
que luche toda su vida  
por la tierra prometida  
de la libre Humanidad!

La muerte del Rapsoda

optas.

Sors tua mortalis, non est mortale quot

OVIDIO, Met: II, 56.

Alguien se queja en la sombra de los derruidos pinares, al borde del Abismo, bajo la negra Montaña.

Allí, por donde ha rodado uno de los peñascos más abruptos que los mineros aventaran.

Alguien se queja en la sombra de los derruidos pinares.

¿Quién será el dolorido?

Presto, la multitud le circunda. Su cuerpo no se percibe bajo el enmarañamiento selvático de los hendidos árboles.

Sus extraños quejidos conmueven el corazón de la ruda Canalla.

¿Quién podrá ser el que se queja así?

La Multitud, silenciosa aparta los seculares troncos derruidos por el peñasco.

A poco, la faz del Último de los Desconocidos, pálida y vislúmbrese bajo las negras ramas.

Mil temblorosas manos recogen el cuerpo inerte y la cabeza augusta del Rapsoda.

La mala nueva, difundida por los ecos del Abismo y el plañir de los irredentos, vuela de antro en antro, de precipicio en precipicio, hasta los lejanos valles natales y el negro pozo central.

Todos abandonan su faena, su miseria, su dolor. Nadie labora más.

Por doquiera, es un hormiguar de homúnculos en marcha, en enjambrazones descendentes, ascendentes, convergentes, hacia la vasta pradera en que, bajo el Genio de los Subterráneos, las Muchedumbres velan quizá el último sueño del Último de los Rapsodas...

Son millones de negras larvas, vistos desde la cumbre lateral de la Montaña.

Millones de negras larvas que aguardan, aguardan, aguardan...

Arriba, los señores del Orbe se preguntan sorprendidos. «¿Y esa chusma? ¿qué le ocurre que no trabaja?».

Así transcurren el día y la noche.

Luego, el Revelador es incinerado a la manera antigua, con los ramajes de los gemebundos pinares que le mataran.

Y la grandiosa pira, ilumina por largo tiempo los inmensos contornos pululantes de Muchedumbres, las fauces de más en más estrechas del Abismo y el vientre monstruoso de la Montaña.

Y como si de sus pavesas renacieran nuevos Reveladores -antes de que la pira funeraria se extinguiera, como una nave que naufraga en alta mar devorada por las llamas-, la pradera retumba con el tronar de inesperados Desconocidos.

Y la voz de uno de ellos, lenta y majestuosa, fraternal e inspirada ante la dolorida asamblea de las Canallas, entona un himno nuevo de amor y de confraternidad:

## Invocación

### I

#### I

¡Oh Gaya Morgana mía,  
Madona de Poesía  
del rito sentimental,  
que ciernes tus altos sueños,  
como albatros zahareños,  
sobre las sirtes del Mal.

#### II

Felice sea la Gracia  
que lugo honrar mi desgracia  
con ta gloria de tu don,  
cavando en la mente viva  
la eximia fuente votiva  
de tu eterna inspiración.

#### III

Sin ti, yo habría caído  
en la Gehenna, vencido  
por la furente Ananké;  
forzado de la existencia,  
corsario de la demencia  
o mercader de la Fe!

#### IV

Rampando como un endriago  
con la fiebre del estrago  
en las pupilas sin luz,  
o encogiéndome villano  
como un sinuoso gusano



para ascender sin mi cruz.

V

Ante el Kosmos enemigo  
hubiera sido un mendigo  
del crear y del sentir;  
Job, rico tan solo en podres,  
bebiendo en añejos odres  
las heces del devenir!

II

VI

¡Oh, Gaya Morgana mía,  
surtidor de poesía  
cuyo ritmo ascensional  
bajo el astro de la Ciencia  
tornasoló mi conciencia  
y sublimó mi ideal!

VII

Felice, bendita seas  
nodriza de mis ideas  
a quien debo lo que soy:  
como madre me enseñaste,  
como amada me inspiraste,  
siempre augusta ayer como hoy.

VIII

Recuerdo en la adolescencia  
tu primer iridescencia  
en la penumbra interior,  
do la efigie de una bella,  
«desnuda como una estrella»  
me iluminara de amor.

IX

Recuerdo tus magias todas  
en las citas y en las bodas  
del gozoso imaginar;  
las divinas apoteosis,  
y las geniales neurosis  
que apareja tu gozar!

X

Cómo trocabas las cosas  
de fútiles en grandiosas,

y vice-versa también;  
Satanes en Prometeos,  
nimbos de espina en trofeos,  
la propia Tierra en Edén!

III

XI

So el lodo que le encadena  
el bulbo de la azucena  
emerge un tallo triunfal,  
que, como incensarios de Eros  
florece sus pebeteros  
de una blancura nupcial.

XII

Así también, alma mía  
emergió tu poesía  
del lodo del corazón,  
cubriendo la herencia fiera  
con la inmortal primavera  
de tu inmortal floración.

XIII

Por ti, yo he sido el beluario  
del gran reino originario,  
Daniel del foso interior,  
domador de los leones...  
Y aeda de las naciones  
de estro emancipador.

XIV

Por ti he dado a las almas  
como el polen de las palmas  
la buena nueva augural...  
que contiene los fermentos  
y los grandes pensamientos  
de la redención social.

XV

Con flamígeras estrellas  
he ido encendiendo en ellas  
el fuego de la Verdad;  
y en la alta noche sombría  
les he indicado la vía  
inmensa, de la Equidad.

IV

XVI

Para hundir los tabernáculos,  
y derribar los oráculos  
del Absurdo y el Error;  
para arrasar la Ignorancia  
y difundir la abundancia  
del Trabajo y del Amor.

XVII

Para hacer de los humanos  
libérrimos ciudadanos  
paladines del Deber;  
para infundir en sus pechos  
los primordiales derechos  
a la Vida y al Placer.

XVIII

Para acelerar las fases  
de la antropofagia de clases,  
la miseranda doblez;  
para acabar en la Tierra,  
con el culto de la Guerra  
que estimula el interés.

XIX

Para volar las montañas  
de prejuicios, las entrañas  
de toda fatalidad;  
para incendiar los abismos  
de los viejos fanatismos  
que hienden a iniquidad.

XX

Para que cada conciencia  
opere al sol de la Ciencia  
su propia transmutación  
y al astro que la redime  
done, en ex-voto sublime,  
su postrer superstición.

XXI

Para sanear de inquietudes  
a las sucias multitudes  
que aherroja la injusta Ley:  
para levantar las frentes,

para redimir las mentes,  
para emancipar la grey.

## XXII

Para dar nuevos destinos  
a los yermos campesinos,  
y a la ergástula-taller:  
para que alegren los cielos  
los nupciales ritornelos  
del liberto y la mujer.

## XXIII

Como el viento entre las palmas  
fecundaré nuevas almas  
con el polen augural...  
que contiene los fermentos  
y los grandes pensamientos  
de la redención social.

## XXIV

Con flamígeras estrellas  
seguiré encendiendo en ellas  
el fuego de la Verdad;  
y en la alta noche sombría  
iré indicando la vía  
inmensa, de la Equidad!...

## V

## XXV

¡Oh, mis réprobas Canallas  
carne vil de las batallas  
emponzoñada de alcohol!  
¡Galeotes del Bien fecundo,  
sin más amparo en el Mundo  
que la justicia del Sol!

## XXVI

Cristos, que vais por la Vida  
sangrando de alguna herida  
muriendo de algún pesar;  
vagabundos, harapientos,  
torvos, sombríos, hambrientos,  
sin Dios, ni Patria, ni hogar.

## XXVII

Yo encresparé las mareas

de vuestras rojas ideas  
en ímpetu ascensional,  
hasta que el último icono  
ruede del último trono  
como un espectro infernal.

#### XXVIII

Soplaré en vuestro marasmo  
el Simún de mi entusiasmo  
que ora es Odio y ora Amor,  
hasta que alcéis las cervices  
de estos crepúsculos grises  
en un alba superior.

#### XXIX

Sentiréis eternamente  
como el fragor de un torrente  
que se derrumba en el mar.  
Confundirse eternamente  
mi clamoreo rugiente  
a vuestro enorme ulular.

#### VI

#### XXX

A la cárcel y al destierro  
llegará el ¡desperta ferro!  
De la ansiada redención,  
cuando arroje todo siervo,  
el explosivo del Verbo  
en bombas de inspiración.

#### XXXI

Gloriosos consagraremos  
el fecundo ¡laboremos!  
en acuerdo universal:  
nueva vida, nuevos soles,  
nuevos padres, nuevas proles,  
nuevo y magno el Ideal.

#### XXXII

Sobre el nuevo Mundo en cuajo,  
nuevo Mundo del Trabajo  
de la Ciencia y la Equidad,  
vibrará en su real belleza  
la sublime Marsellesa  
de la libre Humanidad!

La Montaña ha surgido del Abismo; el Abismo surgió con la Montaña.

Se apartaron simultáneamente y simultáneamente se unirán.

El Abismo será la fosa de la Montaña. Y ambos desaparecerán en la nueva y eterna transformación.

Y alrededor de la Tabla Redonda de la Tierra habrá sitio y asiento para todos.

Y nadie será más alto que nadie, por poderes extrínsecos, por ajenos o heredados privilegios.

Todos alcanzarán la máxima altura de su Personalidad, en el aire sublime de los plenos desarrollos.

Y el mérito de cada cual será el de su propia potencialidad.

No habrá más sedes de cabecera. Éstas residirán allí donde se encuentren los Grandes del Intelecto y de la Voluntad.

Tales serán las únicas y supremas cabeceras de la futura Tabla Redonda de la Humanidad.

De los ex votos

A AQUELLAS QUE ALGUNA  
VEZ AMÁRAMOS, A LA SORDINA «PIANÍSSIMO», EN LLAVE DE «FLIRT».  
Utameris, amabilis

esto.

OVIDIO. -Art Amat, II, 107.

Rosa ígnea

Su alma era la rosa de un jardín encantado,  
las auras de los cielos la oreaban al pasar,  
vírgenes misteriosas de rostro enmascarado,  
con ojos incendiarios solíanla admirar.

En las noches azules, bajo el palio estrellado,  
un ruiñeñor la daba su lírico cantar;  
y en las albas doradas el lucero nevado  
imprimía en su boca sus labios de azahar.

Mas, una noche blanca y tibia como ninguna,  
en que la roja rosa sonreía a la luna

dulcemente arrullada por su fiel ruiseñor

Una chispa de fuego ¡ay! cayó en su nectario,  
y cual la brasa ardiente de un místico incensario  
desde entonces la rosa se consume de amor.

Suele turbar...

Suele turbar su místico sosiego  
una visión de amores, soberana,  
cuyas pupilas de sidéreo fuego  
y cuyos labios de risueña grana

Aún le hacen revivir, con sobrehumana  
videncia, aquel como episodio griego,  
que su impetuosa juventud lejana  
colmó en un mutuo y delirante ruego.

A veces la visión es tan jocunda  
que un sudor espasmódico le inunda,  
y el alma le agoniza de placer;

Así reina el Amor en su memoria,  
mas él suele decir con vanagloria  
que lo que más desdeña es la Mujer.

Maguer de tantos labios

Maguer de tantos labios que he besado  
de blancas rosas, crisantemas de oro,  
mi amor llega hasta ti, puro y sonoro  
como un champagne bullente y perfumado.

Pues fueron sus idilios del pasado  
como filtros de Angélica a Medoro,  
crisoles de experiencia, en que el tesoro  
del alma, se ha fundido y sublimado.

Hoy, el vino glorioso de mis viñas  
sonríe en las miradas de las niñas  
de tus pupilas, ebrias de pasión.

Mañana, si eres comprensiva y buena,  
como en la copa pectoral de Helena  
en la tuya pondré mi corazón.

Y juntos gustaremos la excelencia  
del vino del Placer y de la Ciencia.

¡Oh, lírica Eleonora...!

En la mórbida y leda tristeza vespertina  
haz despertar el piano de su silencio grave  
y en un gentil preludio, divinamente suave  
vibre tu voz magnética cual una aura divina.

Modula el aria aquella del sacro Palestrina,  
póstuma y mecedora, que ya ninguno sabe;  
y esfuérzate ¡oh canora! porque tu canto acabe  
como una serenata que pasa en la neblina.

Quiero rociar con lágrimas mi adolescencia ida,  
quiero dar por tus labios mi adiós de despedida  
mi adiós a mis veinte años, para jamás mi adiós;

Y junto con la onda postrer de la armonía  
besar tu blanca frente de lucero del día  
¡oh lírica Eleonora, consolatriz de Nos!

Como una copa llena...

Después, conversaremos mientras la noche avanza,  
verterás tus ensueños en mi desolación,  
cabe mis desalientos izarás tu esperanza  
y sobre el alma enferma pondrás tu compasión.

Dirás las plenitudes de tu áurea venturanza  
como una Sulamita, junto a mi corazón;  
y harás porque reviva, al sol de tu alabanza  
la zarza hecha ceniza de mi última ilusión.

Yo evocaré entretanto mi vida solitaria,  
la eterna trashumancia, la fiebre visionaria,  
la flagelante angustia del Mazzepa genial.

Y otra vez, en la dulce tristeza vespertina,  
haré que me embriague tu garganta divina  
como una copa llena de néctar musical.



Prerrafaelista

Loreley, Loreley, mi eximia vecinita,  
pálida como un novi-lunio crepuscular;  
tu frente es un poema, tu boca una fresita,  
y el fuego de tus ojos me suele hacer soñar.

¿Sabes? me hechiza verte, bizarra y exquisita  
con tu peinado arcaico -gloria del boulevard-  
como una deliciosa visión prerrafaelita,  
erguido el busto artístico, felino el noble andar.

Tu cuerpo es una rítmica ánfora de ambrosía  
que un gay felice orfebre moldeara cierto día  
para que contuviera tu adolescencia en flor.

¡Y ya quien sabe cuantas ternuras transitorias  
han puesto en el exergo genial de tus memorias  
so cada nueva efigie, el ¡Vincit! del Amor!

Affiche

Yo la vi sonreír veladamente  
-una tarde al pasar-, en su balcón,  
y esgrimir su bizarro «impertinente»  
con una deliciosa distinción.

Otra vez, yo la vi, coquetamente  
insinuar su alevosa seducción,  
modelando sus formas de serpiente  
desde los regios flancos al talón.

Y desde entonces su triunfal silueta  
de Tentadora, picaresca y maja,  
cruza por mis insomnios de poeta

Como una evocación de la Regencia;  
con su perfil artístico de alhaja  
y el «chic» de su adorable impertinencia!

Feliz

Feliz el conquistador  
que con arte sorprendente  
merezca el regio presente

de tu glorioso impudor.

Feliz el sabio en amor  
cuya elocuencia vehemente  
cubra el mármol de tu frente  
de un insólito rubor.

Feliz aquel que algún día  
susurre en tu oído: «¡mía!»  
con indecible emoción;

Aquel que unido a tu suerte,  
surque la Vida y la Muerte  
corazón con corazón.

A Salomé

Recuerdas, cuando ensayabas  
la «Sapho» de Massenet,  
y después, cuando danzabas  
para mí solo, el minuet?

Recuerdas, cuando rociabas  
de besos la rosa té,  
en tanto que me mirabas  
con ojos ebrios de fe?

¿Recuerdas el tiempo aquel,  
las lecturas del «Ariel»  
de Schelley en tu «boudoir»,

El coloquio largo y solo  
como Francesca y Paolo  
en el dantesco Cantar?

¿Recuerdas el tiempo aquel,  
oh blonda, como la miel?

Macabra

En lo hondo del corazón  
hay una estancia cerrada  
de cuyo rojo aldabón  
pende una cinta enlutada.

Yace allí la efigie helada  
de mi última pasión,  
en su féretro velada  
con un sombrío crespón.

Y Ella, sin saber nada,  
ni ver la cinta enlutada  
que anuncia su defunción

Suele golpear, inocente,  
en esa capilla ardiente  
que tengo en mi corazón!

Como solías tú...  
Desperteme obsedido  
por una sombra azul  
que me hablaba al oído,  
cómo solías tú...

Llovía suavemente,  
y en la noche sin luz  
sentí besar mi frente,  
como solías tú...

¡Oh! que ansiedad más loca,  
que inefable inquietud,  
cuando sorbió mi boca  
como solías tú...

Cuando se echó en mi lecho  
y me clavó en su cruz,  
y me adurmió en su pecho  
como solías tú...

Él no quería pedir  
Él no quería pedir  
nada al Dios desconocido,

Ni siquiera un elixir  
de amor, ambición u olvido.

Poco dábale el vivir  
como hasta entonces aburrido,

Menos dábale el morir  
pues nada le era querido.

¿Quizás habría nacido  
con el don de no sentir?

¿Quizá le habría perdido  
en un supremo sufrir,

Bajo el arco de Cupido  
o en un Leteo de Ofir?

Yo lo que puedo decir  
es que vivía aburrido;

Y que solía reír  
de sí, con doble sentido...

Mas, no quería pedir  
nada, al Dios desconocido!

Anímula mística

Remembranzas penserosas  
de un ensueño irrealizado,  
como pétalos de rosas  
que los soles han quemado.

Incierta melancolía  
de un hondo dolor sufrido,  
que prolonga su agonía  
como un pájaro en su nido.

Nube rósea, peregrina  
de un cariño que se aleja,  
y en la napa cristalina  
de su origen se refleja.

Soñación crepuscular  
junto al río mecedor  
que se encamina a la mar,  
como la vida al dolor.

Mirada última y vaga  
de una agónica ilusión

que busca, como una daga  
la vaina del corazón.

Poesía del pinar  
grave, triste, suave y fluida,  
que dice el viento al pasar  
como un eco de la Vida.

Onda de oro, sol inmenso  
de la potencia creadora,  
que al porvenir da su incienso,  
y a las cegueras su aurora.

Mancas aves, manos finas  
que en los teclados erraron,  
despertando peregrinas,  
los arpegios que inspiraron.

Postrer sonrisa grabada  
en la boca de una muerta,  
como una joya olvidada  
en el dintel de una puerta.

Frágiles ramos de encantos  
que la juventud tejió,  
y marchitaron los llantos,  
y la vejez deshojó.

Áureos astros redivivos  
de un firmamento moral,  
en el cerebro cautivos  
como un tesoro irreal.

Afanos indefinibles  
de ambición y de ternura:  
cuanto humea de imposibles  
la pipa de la Locura.

Rojo cráter, brasa bella  
de un entusiasmo fecundo,  
que al llamear cual una estrella  
rayo a rayo alumbra el Mundo.

Aroma de flor marchita  
dentro de un libro vedado,  
que en memoria de una cita  
conservan los que han amado.

¡Oh la ardiente persuasión  
de unos labios miel y grana,  
que en un beso de pasión  
colman la música humana!

Oh, quejas del goce breve  
que el alma al destino lanza,  
a trueque de hebras de nieve  
de náusea y desesperanza.

¡Oh, que grato es expresar  
a algunas el propio duelo,  
como los tumbos del mar  
a las estrellas del cielo!

Y cuan la pasión es loca,  
débil, la Naturaleza,  
cuando se ofrece una boca,  
y se entrega una belleza.

¡Ah! de tu ensueño, te ruego  
no bajes, lograrlo abisma;  
haz cual la brasa de fuego  
que se consume a sí misma.

Pues tras la delicia vaga  
vendrá la desilusión,  
y el asco, como una daga  
¡te partirá el corazón!

Como inmortales faros

Aunque cierre los ojos te ve mi fantasía,  
aunque me hunda en la noche no te puedo olvidar,  
¡Oh lirio inmarcesible, visión de poesía!  
¡Oh sombra de mi sombra, soñar de mi soñar!

Como inmortales faros velan la vida mía  
tus ojos que atesoran toda la luz del día  
los cambiantes del iris y el misterio del mar.

¡Oh inmarcesible lirio, visión de poesía,  
aunque cierre los ojos te ve mi fantasía,  
y aunque me hunda en la noche no le puedo olvidar!

## Epístola Sentimental

I

Si tú me comprendieras

yo te amaría  
con un encanto lleno  
de poesía.

Te haría versos suaves,  
y rimas bellas  
cual los juegos de luces  
de las estrellas.

Y gallardos poemas  
de apoteosis,  
en las horas geniales  
de mis neurosis.

Grabaría en mi numen  
tu faz querida  
cual lucero del alba  
de mi otra vida.

Soñaría en mirarme  
constantemente,  
en las flores que alumbran  
bajo tu frente.

II

Pondría con la gracia  
volátil de Banville  
en tu alma, como gema,  
el mío y tu perfil.

Un gozoso consorcio  
de extra natura  
sería el de mi Ingenio  
con tu Hermosura.

¡Qué emoción de emociones  
me embargaría,  
al oír en tus labios  
mi poesía.

¡Qué silencios más llenos  
de dulces cosas!

¡Qué embriagueces de triunfo  
maravillosas!

Reclinada en mi pecho  
de amante Asís,  
besaría tus sienes  
de flor de lis.

Tu fluvial cabellera  
tenebrosa y alada,  
tu frente de Quimera  
y tu boca encarnada.

En mi diestra de nieve  
tus dos manos de rosa,  
opreso el talle breve  
como una mariposa.

### III

Iríamos sonrientes  
por la playa sonora  
en los rojos ponientes  
y al dorar de la aurora.

Erraríamos lentos,  
los ojos soñadores  
llenos de pensamientos,  
y el corazón, de amores.

La multitud celosa  
nos vería pasar;  
pareja más dichosa  
no se podría hallar.

Como un orfebre regio,  
mago del Gay Saber,  
haría un florilegio  
de tu alma de mujer.

En mi reino ensueñado  
de cenobiarca  
tú serías la Laura  
y yo el Petrarca.

Como en la copa aquella  
del mágico Graal  
en tu beldad de estrella



pondría mi Ideal.

Serías casta o lúbrica,  
según mi inspiración;  
llevarías mi rúbrica  
sobre tu corazón.

Reflejarías todo  
cuanto quisieras  
con mi auténtico modo  
sin que supieras.

Como liana de seda  
entirsarías  
mi existencia socrática.  
Con tus brazos de Leda  
tu sonrisa lunática,  
y las sierpes sombrías  
de tu testa selvática.

Tal serías mimosa,  
exquisita preciosa,  
por mi amor transformada;  
con tus manos de rosa  
tu carita nivosa  
y tu boca encarnada.

Al mar del Plata

¡Feliz, oh mar del Plata! que has logrado  
lo que jamás pudieron mis anhelos:  
verla acudir a la primera cita  
y desnudarse al borde de tu lecho.

Feliz, rival amigo que has logrado  
mecerla en tu columpio gigantesco,  
y besar, con el ritmo de tu oleaje,  
las ondas voluptuosas de sus senos.

Feliz, triunfal sultán que has circundado  
de nupciales espumas sus cabellos,  
y has puesto el ceñidor de tus caricias  
a la estatua flotante de su cuerpo.

Yo sé de un mar interno y solitario  
más grande que el más grande de los piélagos,

más puro más azul y más profundo  
donde Ella nunca mecerá sus sueños!

En silencio...

Suele recordar a veces  
haber sido en otro tiempo  
cantor de elegías de oro  
y penserosos alegros.

Suele también escuchar  
en boca de compañeros,  
romances que dicen suyos  
y a él le saben a ajenos.

Pues que narran tales cosas  
como jamás se sintieron,  
y describen ígneas ansias  
más absurdas que el Infierno.

Todo ello en ritmos bizarros  
muy ingeniosos, muy bellos,  
con imágenes felices  
y egregios refinamientos.

Pero vacíos de alma  
ausentes de sentimiento,  
como toques de campanas  
tañendo a boda o a entierro.

Y él se dice a sí mismo  
cuando recitan sus versos  
en presencia de la dama  
lilial de sus pensamientos:

«¡Poesía, Poesía,  
Santa Cecilia del Verbo  
bajo cuyas manos canta  
el armónium del Ensueño;

¡Oh madona de los éxtasis!  
Arpa eolia del deseo,  
en cuyas cuerdas palpita  
el alma del Universo;

Sé buena con tu hijo pródigo,

perdona sus vanos yerros,  
haz que merezca tu gracia  
su grande arrepentimiento.

Ya que el dulce sagitario  
del Amor llegó de nuevo,  
-con flechas iridescentes  
a asaetear certero,

Al nostálgico aguilucho  
torvo, nómada y sangriento  
que al nacer aprisionaron  
en la jaula de mi pecho-;

¡Oh, madona de los éxtasis  
Santa Cecilia del Verbo,  
haz que para siempre olvide  
las ficciones de otros tiempos!

Haz, que el pobre desterrado  
de los espacios inmensos,  
de las nevadas montañas  
y los azules océanos,

Demuestre a su predilecta,  
en la jaula de mi pecho  
como un ciego, sordo y mudo  
sus amores, en silencio...

Nunca más...

Aquella noche de bodas  
en tu soberbia mansión  
tus amigas fueron todas,  
tus amigos..., menos yo.

Deslumbrarían las gemas  
de tu tocado falaz,  
y el nimbo de blancas yemas,  
y el regio velo nupcial.

Palparían las pomas  
pectorales de tu ser,  
como dos blancas palomas,  
por algo que no diré...

Alguna angustia inefable  
acaso te poseyó,  
cuando el dómine impecable,  
echoles su bendición.

Ningún estremecimiento  
quizá se te percibió;  
pero allá en tu pensamiento...  
pero allá en tu corazón...

Sonreírías sirenaica  
mintiendo un aire feliz  
como una vestal arcaica,  
elegida entre diez mil.

Deslumbrarían las gemas  
de tu tocado falaz,  
y el nimbo de blancas yemas,  
y el regio velo nupcial.

## II

Aquella noche de bodas  
en tu soberbia mansión  
tus amigas fueron todas,  
tus amigos..., menos yo.

Ha poco, nos encontramos,  
¿no recuerdas dónde fue?  
Apenas nos saludamos,  
tú muy grave, yo también.

Después..., pasaron los meses  
sin volvernos a encontrar;  
yo pensaba muchas veces:  
¿Nos veremos? ¿Nunca más?

¿Nunca más? ¡Qué desenlace  
de una tal intimidad!  
Y me mordía la frase  
como a Poe: ¡NUNCA MÁS!

Oh, que sufrir tan profundo  
con el recuerdo fatal,  
preguntando a todo el mundo  
como un niño: ¿NUNCA MÁS?

Y algunos que comprendían

de mi alma la ansiedad,  
en secreto me decían:  
«Ella le ama», «búsquela».

Pero los más se alegraban  
con una risa jovial,  
y como el cuervo exclamaban:  
«Caballero: ¡NUNCA MÁS!».

Y las sombras de la noche,  
y las brisas de la mar,  
y las cosas familiares,  
repetían: ¡NUNCA MÁS!

«Nunca más», me perseguía  
por doquiera, sin cesar;  
hasta en sueños siempre oía  
como un loco, el ¡NUNCA MÁS!

¡Cuántas veces desolado,  
disparábame al azar,  
como huyendo del malvado,  
del horrible: ¡NUNCA MÁS!

Y aquella que no se nombra  
complacía en mi mal,  
pues su sombra era mi sombra  
que evocaba el ¡NUNCA MÁS!

### III

Hasta que un día cansado  
de tan horrible obsesión,  
di en pasar, embozado  
por la calle de mi amor.

Y al ver la casa cerrada  
y enlutado su aldabón,  
tuve una corazonada  
al pensar: ¿cuál de los dos?

¿Cuál de los dos? y subí  
ebrio de un afán atroz;  
si era Él ¡qué frenesí!  
si era Ella ¡qué dolor!

Y cuando le vi tendido,  
con su lividez mortal,

por tres veces al oído  
susurrele el ¡NUNCA MÁS!

Y cuándo toda enlutada,  
ella al fin dejase ver,  
y con su doble mirada  
arrodillose a mis pies;

Yo, sin saber lo que hacía  
o sabiéndolo quizá,  
repetí como solía:  
¡¡Nunca nunca, nunca más!!

El lujo  
(DE J. M. GUYAU)

Entró al anoecer; le traía las joyas  
que Ella ansiaba lucir. Puso en la carne viva  
del brazo el brazalete, y sobre sus cabellos  
la regia «aigrette» zafírea de cabrilleos lilas.

Los ojos de la bella florecientes de goce  
como dulces zafiros radiaban sin cesar;  
y ostentaba -entreabriendo su corpiño de seda-  
enroscado el collar de perlas de Ceylán.

Mirose en el espejo cual nunca embellecida,  
cambiando de actitud, riendo como loca;  
y tactando el estuche decía: «¡Qué locura!»  
y sus ojos pedían el precio de las joyas.

Pues en tales objetos la belleza y el precio  
van al par. Él callaba; por la abierta ventana  
subían del camino los múltiples murmullos  
de la ciudad fabril y la labor humana.

Exhaustos hombres rudos jadeaban en las fraguas,  
algunos albañiles oscilando en los aires  
subían una escala. Y siempre en su garganta  
las perlas cabrilleaban cual ondas de los mares.

Él, con su pulcra diestra mostrole un pobre hombre  
que encorvado subía llevando en sus espaldas  
una piedra: «¡Observa! agotará su vida  
esclavo, sin ganar el precio de esta alhaja».

Ella tembló de orgullo. Y pareció más bella  
sonriendo bajo el nimbo de suave resplandor;  
¿y quién, por la sonrisa de sus labios, no hubiera  
vertido a manos llenas el oro y el sudor?

Un capricho de niña la poseyó en la noche:  
no quiso desprenderse del mágico collar  
ni el áureo brazalete. Con su regio tocado  
felice adormeciose. Y comenzó a soñar.

¡Qué sueño tan extraño el sueño de la bella!  
Todas sus joyas ígneas quemaban, y en su pecho  
las perlas se agitaban a modo de aguas-vivas;  
y el brazalete de oro le estrangulaba el hueso.

De pronto hacia la patria remota de sus piedras  
viose en un loco vuelo febril arrebatada;  
primero fue la blanca crepuscular Siberia,  
bajo el knout gemían innumerables parias.

Sus doloridos dedos desenterraban algo,  
era el triunfal zafiro en sus cabellos riente...  
Luego cambiaba todo; el mar so el claro cielo  
rodaba sus oleajes llenos del sol de Oriente.

Un hombre se inclinaba en las purpúreas aguas,  
y del inmenso mar se hundía en lo profundo;  
y cuando le sacaron la sangre le inundaba  
la faz, y bajo el sol jadeaba moribundo.

Y apercibió la bella, entre sus yertas manos,  
la perla del collar que en su cuello lucía...;  
y en su terrible sueño, los tumbos del oleaje,  
mezclábanse a los ayes del hombre que moría.

Después, fue un sordo y lúgubre ascensional murmullo  
la voz de todo un pueblo hambriento y desolado  
que por satisfacer la gula de sus dueños  
en una ciega empresa se aniquilaba en vano.

«¡Ah! si nos fuera dado fecundizar la tierra;  
producir laborando, sudando cosechar;  
mas nuestro esfuerzo estéril acrece la miseria  
pues en vez de nutrirnos agrava nuestro mal.

¡Maldito sea el trabajo que análogo a la llama

devora nuestra vida y la esparce al azar;  
maldito el lujo vano, las modas de las damas,  
causas de nuestra eterna mortal necesidad!».

Este clamor subía de innumerables pechos;  
ella se despertó. Pálida, con sus manos  
desabrochó el collar, le contempló en la sombra,  
¡y creyó ver brillar llantos cristalizados!...

¡Invocación!

Trágicas musas mías, Euménides rugientes  
que enloqueció la Vida con su indecible horror,  
llenad las almas todas de fiebres insurgentes,  
¡Verted, verted la roja ponzoña del rencor!

¡Irritad, irritad los nervios de las gentes  
que pudren en el ocio, que aplasta la labor!  
¡Envenenad la sangre de todos los conscientes!  
¡Verted, verted la roja ponzoña del rencor!

Puesto que a la Natura haceros mías plugo  
lograd que los sumisos deshielen su sopor,  
dad fuerzas al esclavo para trozar su yugo,

Haced de cada paria su propio redentor;  
y para que en el Orbe no quede ni un verdugo  
¡Verted, verted la roja ponzoña del rencor!

A un Precursor

A ALMAFUERTE, PAMPERO DE LA LÍRICA

CONTINENTAL.

Non curarti se molti gridano il nome tuo, e non t'intendono, o fratello;  
Io non grido il tuo nome, ma t'intendo:  
Io ti noto con gioia per salutarti e per salutare quelli che sono con te, prima e dopo che  
tu fosti, e quelli che verranno:  
Poiché noi lavoriamo insieme per trasmettere il medesimo compito e l'eredità  
medesima,  
Noi, pochi, eguali, non curanti di regioni, no curanti di tempi,  
Noi, compassionevoli, intendenti, vincolo fra gli nomini.



Udiamo il chiasso e il vocio, siamo attaccati da tutte le divisioni, recriminazione e gelosie, d'ogni lato,

Pur avanziamo franchi, liberi sopra la terra intera, su e giù, finchè avremo segnata la nostra orma indelebile sul tempo e le diverse ere;

Finchè avremo saturato di noi il tempo e le ere; sicché gli uomini e le donne di tutte le razze e delle età avvenire, diventino amanti e fratelli come noi siamo.

WALT WHITMAN, Canti Scelti; A colui che fu crocifisso.

A un precursor

Chimborazo tronador

del numen continental,  
cráter inmenso, fanal  
de brillo enceguedor,  
¿por qué tu vasto clamor  
no atruena la inmensidad?  
¿La super Humanidad  
bien no vale un cataclismo?  
¡Si eres la voz del Abismo  
anuncia la tempestad!

¡Ah! Si en tu enorme cantar  
aunando los elementos  
aullaras como los vientos,  
gimieras como el pinar  
si supieras remedar  
en tu cósmico cordaje  
la grandiosa vibración  
de la selva y del oleaje,  
el ronco fragor salvaje  
de la mar y el aquilón.

Tu canto no es wagneriano  
maguer sus magnos tesoros;  
no hay dúos, tríos ni coros  
en tu clamor sobrehumano.  
Eres el bardo pampeano  
lleno de un vago humanismo,  
cultor del misoneísmo;  
y si por la Chusma, penas,  
crees trozar sus cadenas  
con opio de misticismo!..

Tú traes de un mundo muerto  
el perturbante sahumero;  
utopías del misterio  
que halagan al más despierto.  
pontífice de lo incierto,  
de lo dudoso y lejano,  
de lo eternamente arcano,  
de lo que nunca sabrás,  
vives mirando hacia atrás  
ajeno al trajín humano.

¿Recuerdas, oh solitario,  
majestuoso soñador,  
el indecible fervor  
con que acudí a tu Calvario?  
¿Cómo iba de ofrendario  
mi nómade corazón  
en busca de inspiración  
de arte augusto y de Ideal?  
¿Recuerdas, bardo genial,  
mi emoción y tu emoción?

Augustas noches aquellas  
en la ciudad desolada  
en que iba a las estrellas  
la unánime llamarada  
de nuestra fiebre sagrada.  
Coloquios de poesía,  
juegos de la fantasía,  
arte de hacerse mejor,  
¡oh mágica epifanía  
de mi adolescencia en flor!

(Cuando andaba tu nación  
-Mesalina callejera-  
manoseada por cualquiera  
villano rufián o histrión,  
estalló tu indignación  
como cráter torrencial  
contra la pestilencial  
putrefacción de la altura:  
y aún tu yambo perdura  
como los de Juvenal).

Nos conmueve la belleza  
de tu arduo individualismo;

tu Niágara de idealismo,  
tu austeridad, tu nobleza;  
celebramos la grandeza  
de tu vivir solitario,  
el prometeano Calvario  
en que tu orgullo se inmola,  
¡y te ceñimos la aureola  
del prócer y del beluario!

Tú eres mi precursor:  
eres plegaria, blasfemia,  
unción, delirio, hiperemia,  
Soberbia, piedad, dolor,  
con redobles de tambor  
fluye tu sangre arterial;  
te imaginas sin igual,  
apóstol de toda gente;  
lapidario, iridescente,  
volcánico y zodiacal.

No has podido inocular  
como una potente savia  
el extracto de tu rabia  
en la linfa popular;  
ni has sabido soñar  
en tus horas de utopía  
una era de armonía  
en que réprobos y electos  
serían los predilectos  
de la futura Icaría.

Tu Musa es hiedra que oprime  
el tronco del Ascetismo;  
hiedra de borde de abismo,  
inaccesible, sublime.  
En vano jadea y gime  
por ascender a la cumbre  
sin alcanzar la vislumbre  
de la ilusión que la inmola;  
¿qué haría, mórbida y sola  
lejos de la muchedumbre?

Sueles sufrir la obsesión  
del dolor y el hambre ajena;  
tu alma es un alma llena  
de piedad y compasión,  
por ello tu inspiración

a veces ruge enconada  
contra la infame majada  
que recogida en el ocio  
sólo piensa en el negocio  
de folgar y no hacer nada.

Tú pones de manifiesto  
las llagas y los errores,  
las vilezas, los horrores  
de nuestro tiempo inhonesto.  
tienes el arte y el gesto  
de exponer y concretar,  
y el genio de fulminar;  
ignoras las soluciones  
de las modernas «cuestiones»:  
tú admiras, ¡yo hago temblar!

Tu Musa en parte es cristiana,  
ascética y retraída;  
mira con asco la Vida,  
sin fe, sin amor, sin gana.  
La mía es libre y humana  
solidaria fraternal,  
y subjetiva y mundial,  
por la Ciencia redimida,  
rebelde tiranicida,  
compleja y emocional.

En ti palpita algo inmenso  
como la luz sideral,  
mirra en flor, beato incienso,  
armónium de catedral.  
Mas, te hechiza lo ancestral;  
por la fe transfigurada  
tu inspiración retrograda  
al establo de Belén;  
la absurda Hierusalén  
te atrae, como una amada.

Tu Verbo truena y retumba,  
el mío relampaguea;  
monocorde el tuyo zumba  
cual colmenar de la Idea.  
Tu tardo numen procrea  
cosas que hacen sonar.  
Mi Verbo es aurisolar  
como el padre de los Orbes;

absorbe lo que tú absorbes,  
y sabe profetizar!

Yo soy el bronce augural  
de retumbante badajo,  
que anuncia el alba triunfal  
de las greyes del Trabajo.  
Campana de germinal,  
verbo de las redenciones,  
cuyos formidables sonos  
en arrebató, de guerra  
atruenan, la sorda Tierra,  
despertando corazones.

Cuyos ecos como obuses,  
redimen a los galeotos,  
a los ingentes e ignotos  
arrastradores de cruces;  
para que gocen las luces  
que ennoblecen la existencia,  
y perezca la inconsciencia  
madre de la esclavitud,  
y sea honor y virtud  
la irreligión de la Ciencia.

En medio de la metralla  
del cotidiano guerrear  
¿qué supistes predicar  
a la trágica canalla  
que sufre, labora y calla?  
Te soñaste defensor,  
mesiánico redentor  
de la excomulgada Casta:  
¡Ni fuistes iconoclasta  
ni fuistes reformador!

¿Hasle arrancado la venda  
de alguna superstición?  
¿Le has dado alguna lección  
sapiante para que aprenda?  
¿En qué ha variado su senda  
desde que escucha tus cantos?  
Tú le hablas de sus quebrantos,  
jamás de su redención.  
A veces tu inspiración  
es Réquiem de campos santos!

¿Y hemos de seguir así,  
como los parias de antaño  
sin que ningún zahorí  
augure el feliz buen año?  
Que nadie se llame a engaño  
ni a regalada quietud;  
la soberana virtud  
es toda cooperación;  
hay que hacer del corazón  
tabla redonda y laúd.

Ya, los réprobos no van  
a prosternarse en los templos;  
anhelan otros ejemplos,  
dejan a Cristo por Pan.  
Ormuz destierra a Arimán  
de la tradición famílica;  
el alma se vuelve idílica  
lo propio que el corazón.  
La Natura es la basílica  
de toda Humanización.

Mas, el Pueblo ha menester  
iluminar su ignorancia;  
ser todo perseverancia  
para al fin llegar a ser.  
Conciencia, audacia, saber,  
y heroica impetuosidad.  
La humana prosperidad  
es mujer, ama a los bravos;  
¡mientras existan esclavos  
nadie tendrá Libertad!

Yo no predico el sermón  
de la fe ni del sosiego,  
ni enseño el cobarde juego  
que llaman resignación.  
Proclamo la libre unión,  
la «buena nueva» ascendente  
entre la perduta gente  
de cada Infierno social.  
Si mi canto es infernal  
también lo es el presente.

Canto de clase marcial  
que combate por la Vida,  
himno de casta aguerrida,

solemne salmo coral;  
alarido universal,  
marea de antiguas penas,  
explosiones de cadenas  
que van subiendo, subiendo,  
en tempestuoso crescende  
como el mar por sus arenas!

Envío

Por el amor de la Tierra  
abrazaos como hermanos  
¡Oh siervos de los tiranos!  
¡Oh víctimas de la guerra!  
Por el amor de la Tierra,  
del sol, de la libertad,  
del saber, de la equidad,  
¡Alegrad con vuestros cantos  
los mundiales campos santos  
de la vieja Humanidad!

¡Atreveos! ¡Atreveos!  
Formad los nuevos Zodiacos  
¡Oh plebeyos Espartacos!  
¡Harapientos Prometeos!  
Ecce-homos: ¡atreveos!  
Clamad, rugid, aprestaos,  
relampaguead, rebelaos,  
a sangre y fuego imponeos.  
Ante el rojo perihelio  
os anuncio mi Evangelio:  
¡Miserables, atreveos!

Oda a las dos Subjetivas  
A LA AURISOLAR SOROR

Tu, o femminilità divina, signora e sorgente di tutte le cose, d'onde scaturiscono vita e amore, e qualsiasi cosa che porta seco l'amore e la vita.

W. WHITMAN, Il canto dell'albero dei legno rosso.

## Oda a las dos Subjetivas

Dos huríes más bellas que las más bellas ánforas,  
dos nupciales querubes vibrantes como arpas.  
-blondas como las llamas de los cirios pascuales,  
como los cirios, blancas-,  
sonríen en la tienda nómada del Ensueño  
donde el moderno Job cura sus viejas llagas.

La tentadora Cipris y la celeste Lumen,  
la Beatriz eterna, la eterna Lindaraja  
gloriosas le sonríen:  
dos huríes más bellas que las más bellas ánforas.

Sus sonrisas alegran la soledad mortuoria  
como los soles dobles, que en lo infinito pasan.  
A su luz el desierto florece sus mirajes,  
el interior desierto que nunca, nunca acaba,  
más vasto y asfixiante que todos los desiertos  
por donde van los pueblos en luengas caravanas.

La tentadora Cipris y la celeste Lumen  
gloriosas le sonríen;  
la una con sus labios, la otra con su alma:  
dos huríes más bellas que las más bellas ánforas.

Y el ululante aeda,  
el formidable paria,  
que audaz interlocuta con la Ananké que  
las Potencias Arcanas;  
que extrae de las cosas los míticos sentidos,  
e intuye el gran secreto de la universal Maia;  
el lívido leproso de Verbo que remeda  
la voz del Aquilón sobre las marejadas;  
cuya lírica evoca  
el fragor de los cráteres y de las cataratas;  
el rapsoda augural «devorador de hambres  
y bebedor de sed», cual todos los «schandalas»,  
a las dos Subjetivas que le sonríen, canta:

La terrestre Cipris

¡Oh! ¡Venus de Anacreonte de Epicuro y Boabdil!  
Palmera de suaves dátiles en el desierto olvidada  
que guardas, en blando estuche,  
el inmortal vellocino del Deleite y del Nirvana;



con ser tú la más amable de las terrestres deidades  
Tu reino no es de este Mundo, de este Mundo que es tu patria.

En vano dicen que animas, moléculas y Universos,  
en vano sensibilizas y coloras la substancia;  
tú, no imperas en el Orbe, no alegras los corazones:  
los tristes hombres te ignoran, te ignoran las tristes Razas.

En vano brindas tus frutos a las viles muchedumbres,  
en vano entreabres tus brazos a la canalla que pasa,  
en vano aromas el ámbar nupcial de tu cabellera  
y purificas tu cuerpo en ablución cotidiana.

¡Oh! Cipris dio pies veloces que Pan atrapó en la selva  
y a quién Silvano ofrendara sus caramillos de caña;  
Cipris de gesto halagüeño para los férvidos faunos  
y los garridos efebos y los majestuosos Atridas!  
¡Oh Cipris, conquistadora de insignes conquistadores,  
musa de las poetizas, diosa de las cortesanas,  
errante en la lejanía fabulosa de la Arcadia,  
cabe las islas de Jonia, los cármes medioevales  
de la florida Granada,  
los serrallos del Oriente y los oasis de Arabia!

¡Cipris, tornada del fondo luctuoso del ostracismo,  
Cipris sin nobles cortejos de hieródulas sagradas;  
no ya ostentando la augusta desnudez de la apoteosis  
sino vestida de sedas, con corsé, y hasta enguantada!

¡Cipris, cubierta la testa con un bizarro penacho!  
¡Cipris, ornada de joyas como una hetaira bárbara!  
¡Cipris, velando la olímpica magnolia de su semblante!  
¡Cipris, teñida y con dote, casamentera... y cristiana!...

¡Tú, convertida en la Clara que amó el seráfico Asís,  
la Clara del Florilegio, mimosa ardiente y beata:  
en la felina Lucrecia que alió la sangre de Cristo  
con las mieles del Himeto y el falerno de Campania!

Tal eras, brasa votiva de místicos incensarios,  
maravillosa custodia de doble lente vedada,  
más ígnea que los rubíes de incandescentes reflejos  
que acribillaban el sol que hace prosternar las almas.

Tal eres, en lo objetivo nauseante de nuestro tiempo,  
en las variedades múltiples de la vida cotidiana,  
en el hogar, en la calle,

en los lechos, en las aras,  
en las telas y poemas, los mármoles y pentagramas.

¡Tal eras y eres aún, para los «civilizados»  
y preclaros pieles blancas,  
que llevan, como un oprobio, los atributos viriles,  
y la espantosa ignominia de amar... como todos aman!...

Tal eres tú, ¡Venas Victrix! cúpula de las especies,  
prodigio de la Natura, obra maestra pagana,  
apenas si comprendida  
en los heroicos Infiernos de raros Decamerones,  
y en las tórridas antípodas donde supuran mis llagas.

Favorita de los dioses, por los dioses redimida...,  
liberta la más paciente entre las fieras humanas,  
los atavíos no igualan tu desnudez sacrosanta,  
Ni las prisioneras cebras de tus golosas pupilas,  
ni la expresión pigmaliónica de tu boca ensangrentada,  
ni los rosados pompones de tus muelles pectorales,  
ni la adorable molicie de tus flancos de sultana;  
¡Oh Cipris tangible y mía!  
¡Domus aurea desolada!

La celeste Lumen

Lumen, celeste Lumen,  
Encarnación perfecta de la intuición innata:  
noble porfirogénita de brujas y sibilas,  
heredera exquisita de vestales y magas:  
de todas las «posesas» que fueron ascendiendo  
-por la infelice escala  
del hórrido Ascetismo-  
a los radiosos éxtasis, a la inasible gracia».  
De cuantas retorcieron  
sus míseras entrañas,  
para extraer de ellas el virus demoníaco,  
la postrimer partícula de su fecunda savia:  
esponjas fosforentes  
del congelado acuario de la «virtud» cristiana.

Lumen, celeste Lumen,  
virgen omnisidérea  
en quien el sexo adquiere idealidad de estatua.  
Cofre de cinamomo lleno, de esencias finas,  
capaz de perfumar la podre de mil llagas;

columna luminosa  
que orientas en la noche la errante caravana.  
Ornato de los pórticos, madona de los claustros,  
Temis de los pretorios, egida de las plazas;  
musa del ocio noble y la gentil sapiencia  
privilegio de eupátridas:  
orgullo de los Cínicos, gesto de los Estoicos,  
brisa de la Academia, «ironía Socrática».  
De las Mil y Una Noches austeras de la Ciencia  
radioanímica lámpara.

Espíritu volátil que todo lo penetras,  
ritmo relampagueante, neurona inexplorada,  
que creas las sublimes corrientes intuitivas,  
los géisseres geniales de altísima ideocracia.

Flora, carbón, diamante, polvo, calor y lumbre,  
lumbre, calor y flora, incombustible brasa,  
que alumbras, a tu hora, ya lenta o de improviso,  
las grandes vocaciones y las empresas magnas.

Madreperla de imágenes, joyel de, inspiraciones  
que duplicas el Kosmos, forjas el Superhombre,  
y en la mundial barbarie instituyes la Acracia.

Tal me apareces tú  
a la diestra del alma;  
coronadas de insomnio, las lunáticas sienas,  
con la banda del Iris al pecho atravesada,  
en la actitud de aquella que sabe y que confía,  
y la sonda del Genio en todas las miradas.

Tal como te soñaron los antiguos videntes,  
-Budistas y Zoroastros  
de nuestra estirpe aria-;  
en las noches azules en que la altura ríe,  
las selvas fosforecen de fúlgidos insectos,  
los ríos asordinan el fluir de sus aguas,  
y en los silentes valles los ecos se adormecen  
junto a las fatigadas y mudas caravanas.

Tal como te soñaron los líricos Orfeos  
en las albas doradas,  
en que la Tierra entreabre los labios de sus flores,  
y una emoción augusta hacia la luz nos alza.

Lumen, celeste Lumen, ¡oh, cuán bella es tu frente!

Tu frente, más sublime  
que los horizontes de las montañas.  
Lírica y anchurosa  
ascensional y pálida:  
blancura boreal y sensitiva  
tersura floreal y aristocrática.

¡Bien haya el alto pórtico del templo de los templos,  
blasón inaugural de la sapiente heráldica,  
escudo de los nuevos torneos humanistas,  
pantalla de Aladino de las modernas lámparas!

¡Como la media luna para los musulmanes,  
como la cruz del Gólgota para la fe cristiana,  
es para mí, tu frente, de zodiacal blancura,  
insignia de idealismo, lábaro de entusiasmo,  
flor de perseverancia!

Almohadón de las ínclitas quimeras,  
de las tremendas pesadillas, lápida;  
lírica y anchurosa  
ascensional y pálida:  
de la nave intangible de tu cuerpo,  
insignia capitana!

Grácil como Selene.  
Como Selene clara,  
cruzas sobre los locos vaivenes de mis horas,  
sobre los torbellinos anárquicos del alma,  
-grácil como Selene  
como Selene clara-  
sobre los horizontes sombríos de la Tierra,  
sobre las pantomimas sin fin de los homúnculos,  
y los hirvientes mares que encrespan las borrascas.

¡Oh voluptuosa Cipris! ¡Lumen paradisial!  
No me digáis: «¡Elige, decídetes, separa!».  
Jamás me susurréis:  
¿A quién de Nos más amas?...

Predilectas y únicas  
-tú, sol de mis sensorios, tú, luna de mi ánima-  
las dos me sois vitales,  
inseparables ambas.

¿Quién pudiera fundiros  
en una sola estatua,

sensitiva y parlante  
jovial y sobrehumana?

¡Yo os glorifico!  
Id por la inmensa Tierra ¡Pasad de raza en raza  
con vuestras dos Efigies impresas en el oro  
amonestado y regio de mis sonantes cláusulas!

Reverdeced perennes los altos optimismos,  
viveros cerebrales de ubérrima esperanza.  
Enseñad a los hombres el juego de la Vida  
por y para la Vida, no para sus fantasmas.

Desterrad de Occidente los últimos fermentos  
de la demencia hebraica:  
la ilusión del «pecado»,  
la «pobreza de espíritu» como suprema «gracia».  
Y el craso escepticismo, la ociosidad eunuca  
que el Eclesiaste ensalza.

Sed las Evangelistas del renacer humano  
en el triunfal deshielo de la barbarie atávica.  
Enseñad el divino arte de la Sonrisa  
a los marchitos labios babosos de plegarias.

¡Id, transformadlo todo, cread el porvenir,  
aunque olvidéis en ello, aquel que os adorara.  
Y os consagró su ciencia, su ingenio y sus amores  
¡ay! antes que os nacieran vuestras solares alas.

Alba Iris

A LA MÁS MAGNÉTICA DE

LAS BRUNAS ANADIOMENAS.

J'ai marché devant tous, triste et seul dans ma gloire  
et j'ai dit dans mon coeur: ¿Que vouloir a présent?  
pour dormir sur un sein mon fron est trop pèsât,  
ma main laisse l'effroi sur la main qu'elle touche  
l'orage est dans ma voix, l'éclair est sur ma bouche;  
aussi, loin de m'aimer, voilà qu'ils tremblent tous,  
et, quand j'ouvre les bras, on trombe a mes genoux:  
O Douleur! j'ai vecu farouche et solitaire,  
laisse-moi m'endormir du sommeil de la terre!  
A. DE VIGNY

¡Anadiomena, ven!

## I

Tus ojos me embriagan, sus iris me acarician,  
eres la ardiente presa que mis labios codician;  
tus ojos me embriagan; sus iris me acarician.

Mi numen te cautiva, mi rebelión te aterra,  
eres la siempreviva del amor de la Tierra;  
mi numen te cautiva, mi rebelión te aterra.

Mariposa corpórea, abeja de elixir,  
chúpame, beso a beso, la náusea de vivir;  
mariposa corpórea, abeja de elixir.

Ven, si te sientes libre, ven si te sabes fuerte,  
libre para la Vida, fuerte contra la Muerte,  
ven, si te sientes libre, ven si te sabes fuerte,

Juntos saborearemos la miel de tus colmenas,  
serás la favorita de todas mis sirenas;  
juntos saborearemos la miel de tus colmenas.

Almohada de mis sueños, aureola de mi sien,  
musa de los insomnios, Anadiomena, ven;  
almohada de mis sueños, aureola de mi sien.

## II

Yo soy el más mimoso de todos los bulbules,  
anídame en tu pecho bajo los suaves tules;  
yo soy el más mimoso de todos los bulbules.

Mi médula está enferma del mal de los inviernos,  
caliéntala en la hoguera que avivan tus falernos;  
mi médula está enferma del mal de los inviernos.

Desde que te conozco, conozco la congoja,  
eres la electa mía, que tu pasión me acoja;  
desde que te conozco, conozco la congoja.

Mi orgullo se evapora como los aljofares,  
al sol de tus sonrisas y tus luengos mirares;  
mi orgullo se evapora como los aljofares.

Mi austeridad claudica, cuando tu voz me nombra,  
cercé de veinte estíos y sombra de mi sombra;

mi austeridad claudica cuando tu voz me nombra.

¿Qué quieres que te ofrende que ya no te ofrendara  
devoto ante tu busto de vivido Carrara?

¿Qué quieres que te ofrende que ya no te ofrendara?

Eres la electa mía de los Juegos Vitales,  
unamos nuestras almas como dos iniciales;  
¡Eres la electa mía de los Juegos Vitales!

### III

Yo alumbraré tus noches con mis videntes ojos,  
tú espasmarás mis nervios con tus chupones rojos;  
yo alumbraré tus noches con mis videntes ojos.

Pondrás las róseas palmas de tus felices manos  
sobre la frente augusta que espanta a los tiranos;  
pondrás las róseas palmas de tus felices manos.

Oirás en la alta noche el acordado son  
de nuestros corazones, si tienes corazón;  
oirás en la alta noche el acordado son.

Con la triunfal madeja de tu casco de Imperia,  
sudario de afrodisia, mortajará mi histeria;  
con la triunfal madeja de tu casco de Imperia.

Daremos los retoños de nuestra primavera  
en holocausto egregio a la inmortal Quimera;  
daremos los retoños de nuestra primavera.

¿Quieres, pues que lo puedes, vivir la bella historia?  
Tú serás la heroína, tuya será la gloria;  
¿quieres, pues que lo puedes, vivir la bella historia?

Eres la electa mía de los Juegos Vitales,  
unamos nuestras almas como dos iniciales;  
eres la electa mía de los Juegos Vitales.

Almohada de mis sueños, aureola de mi sien,  
musa de los insomnios, Anadiomena, ven;  
almohada de mis sueños, aureola de mi sien.

¿Por qué?

¡Oh Natura! En la rubia mañana

llena de arrullos y perfumes, llena  
de sol, de vida, y de quietud amena,  
mi corazón se asoma a la ventana.

Todo ríe, florece, se engalana,  
las nubes surcan la celeste arena,  
pájaros libres dan su cantilena,  
y el sol sonrío a mi primera cana.

¡Oh, Natura! Tú que juegas al juego  
de la vida, forjador de Universos,  
cual yo, jugando al juego de los versos,

Forjo Quimeras que abandono luego;  
¡Oh Natura, madre inmortal y arcana!  
¿Por qué no me infundiste un alma sobrehumana?

Venus Futura

Musa del porvenir, Venus futura,  
de casco de ámbar y ojos de berilo,  
quiero grabar tu lírica hermosura  
en el diamante negro de mi estilo  
y en el negro joyel de mi locura.

Stella matinal, lis de la altura  
como en su Paros la deidad de Milo  
deslumbrará tu blonda miniatura  
en el diamante negro de mi estilo  
y en el negro joyel de mi locura.

Y si algún día invade la Amargura  
el róseo estuche de tu hogar tranquilo.  
Yo, gemiré de amor y de ternura  
en el diamante negro de mi estilo  
y en el negro joyel de mi locura.

Perla del lago azul de la ventura,  
mientras el buzo Amor busca tu asilo  
me inspiraré mirando tu hermosura  
en el diamante negro de mi estilo  
y en el negro joyel de mi locura.

En vano cavarán tu sepultura  
y la segur aguzará su filo;  
vivirás inmortal por tu hermosura



en el diamante negro de mi estilo  
y en el negro joyel de mi locura.

Copa de inspiración toda dulzura,  
lírica Isis del platense Nilo;  
te adorará la humanidad futura,  
en el diamante negro de mi estilo  
y en el negro joyel de mi locura.

Musa del porvenir. Venus futura  
de casco de ámbar y ojos de berilo,  
ven a admirar conmigo tu hermosura  
en el diamante negro de mi estilo  
y el negro joyel de mi locura.

### El Cenobio

Es un cenobio austero. Las divinas  
hermanas le ilustran con su presencia;  
el espíritu augusto de la Ciencia  
le anima con sus ansias minervinas.

No hay bronces ni cuadros. Las peregrinas  
horas no dan en él su evanescencia;  
ni en lunas de cristal, la Inteligencia  
-como una infanta real a sus meninas-

Sonríe a sus nostalgias penserosas;  
ni pájaros, ni flores, ni ofrendarios.  
Ni bellos niños de rientes labios

Sobre faldas de formas voluptuosas,  
sólo hay libros, manuscritos y diarios;  
y en medio del silencio de las cosas

Un pensador absorto en sus resabios  
y en su obra las arañas laboriosas.

Mas nunca pudo verse...

Él ha visto en su vida media Naturaleza,  
con miradas sapientes y corazón de artista:  
auroras purpuras, ponientes de amatista,  
canículas de fuego y noches de turquesa.

Selváticos incendios de tropical belleza,  
sublimes panoramas hasta perder de vista.  
Tempestades marinas, lo más bello que exista,  
cataratas y abismos de trágica grandeza.

Faunas y floras múltiples, pretéritas y actuales,  
naciones decadentes, magnas razas triunfales,  
y batallas de ruina y apoteosis social;

Las piedras más preciosas ¡oh pupilas divinas!  
Las flores de las flores ¡oh bocas femeninas!  
La luna, el sol, la muerte, la inmensidad astral:

Mas nunca pudo verse tan arduo observador,  
en la mar de tinieblas de su abismo interior.

Las letanías a Satán  
(DE BAUDELAIRE)

¡Oh tú, el más sapiente y hermoso de los Ángeles,  
alto dios traicionado, sin ofrendas ni arcángeles,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Príncipe del destierro, sublime calumniado  
que vencido, te yergues, más que nunca indomado.

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú que lo sabes todo, rey de cosas arcanas,  
médico familiar de las penas humanas,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que hasta a los leprosos y al chusmaje sumiso,  
infundes la nostalgia mortal del Paraíso,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

¡Oh tú, que de la Muerte -tu vicia y fuerte amada-  
engendras la Esperanza, una loca adorada,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Sangre de los racimos, llama de los alcoholes,  
ojo de las tinieblas, corazón de los soles,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Sarna de los cobardes y cáncer de los falsos  
entraña de los nobles, dogal de los cadalsos,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que sabes en donde de las tierras celosas  
el viejo Dios oculta tantas piedras preciosas,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, cuya doble vista sabe los arsenales  
do yacen sepultados los preciados metales,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que flexibilizas los huesos del anciano,  
del ebrio que atropellan los potros del tirano,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que por consolar al hombre cuando sufre,  
le dotaste de sueño, de sal, de luz, de azufre...

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que imprimes tu sello ¡oh cómplice sutil!  
en la frente del Creso, vano, implacable y vil,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Tú, que das a las almas de las jóvenes magas,  
amor por los harapos, devoción por las llagas,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Bastón de desterrados, lámpara de inventores,  
confidente de ahorcados y de conspiradores,

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

Padre genial de cuantos, en su cólera atroz,  
echó del Paraíso la venganza de Dios!

¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!

#### Oración

Laudes y gloria a ti, Satán, en las alturas  
del cielo do reinaras, y en las rojas honduras  
infernales ¡oh padre! donde vencido callas!  
Laudes y gloria a ti, -ángel de las batallas-  
a quien la humana Estirpe reniega y desconoce.  
Haz que mi alma un día, cerca de ti repose,  
cuando sobre tu frente radiante de experiencia  
ardan los frutos de oro del árbol de la Ciencia!

#### El secreto

Tú, no sabes el secreto  
del último de los rapsodas;  
nunca sabrás la agonía  
de sus noches desoladas.

Tú, vives la vida alegre  
del festín y de las danzas;  
nunca sabrás el horror  
de sus noches desoladas.

Todo es cedro y mármol rosa  
en tu feérico alcázar;  
nunca sabrás la bohemia  
de sus noches desoladas.

Te miman los terciopelos,  
las púrpuras y las gasas;  
ignoras la desnudez  
de sus noches desoladas.

Canta, la canción del Oro,  
el frou frou de tus enaguas;  
nunca sabrás la miseria  
de sus noches desoladas.

Tienes hermanas, hermanos,  
madre, padre, Dios y patria;  
nunca sabrás la orfandad  
de sus noches desoladas.

La Fortuna te sonrío,

te sonríe la Esperanza;  
nunca sabrías la Amargura  
de sus noches desoladas.

Los poetas cortesanos  
madrigalizan tus gracias;  
ignoras el miserere  
de sus noches desoladas.

Pueblan tu mágica alcoba  
los mirajes de las Fábulas;  
nunca sabrías lo macabro  
de sus noches desoladas.

En tus labios la Alegría  
ríe sus risas preclaras  
nunca sabrías la Tristeza  
de sus noches desoladas.

En tu hogar, todos se inquietan  
cuando suspiras, sin causa;  
ignoras el desamparo  
de sus noches desoladas.

Tus sueños son deliciosos  
y muelles como tu almohada;  
ignoras las pesadillas  
de sus noches desoladas.

T , glisas sobre la Vida,  
con audacias de sonámbula;  
nunca sabrías los naufragios  
de sus noches desoladas.

Para ti, las bellas artes,  
el placer y la elegancia;  
nunca sabrías los afanes  
de sus noches desoladas.

Para ti, los suaves ocios,  
y la felice ignorancia;  
nunca sabrías los insomnios  
de sus noches desoladas.

Nunca sabrías los terribles  
paroxismos que le exaltan;  
las congojas que le crispan,

el rencor que te arrebató;

Los espasmos creadores  
que arremolinan sus ansias,  
en ímpetus demoníacos  
y en inspiraciones trágicas.

Como ondular de estandartes  
al viento de las batallas,  
como crepitar de selvas  
por los rayos incendiadas.

La miseria que le humilla,  
la soberbia que le embriaga,  
el genio que le liberta  
y a lo infinito le lanza.

Cuanto hierve y tronitúa.  
En el cráter de su alma;  
gime, solloza, blasfema,  
grita, ruge, impreca y clama.

¡Las Quimeras que le huyen,  
las Euménides que le aman,  
los Cíclopes que le acechan,  
los Espectros que le hablan!

¡Oh, mimosa Favorita  
de existencia regalada!  
¡Moriturus te salutat,  
el último de los rapsodas!

Jamás sabrás el secreto  
del aeda, de la Casta,  
de cuya labor provienen  
tu fortuna y tu arrogancia.

¡Jamás sabrás el secreto  
de sus noches desoladas!

La epístola del Ultra

I

Prez de la Aristocracia, lis de los Gobelinos,  
en homenaje a Nos quema tus pergaminos,  
prez de la Aristocracia, lis de los Gobelinos.

Ven, sellarán tu boca, plena de jugos acres,  
con siete sellos rojos -mis labios- ígneos lacres  
ven, sellarán tu boca plena de jugos acres.

Tu voluptuosa falda será mi facistol,  
tus senos mis altares, tu valva mi crisol;  
tu voluptuosa falda será mi facistol.

Historiarán tu busto mis gnósticas succiones,  
de heráldicos tatuajes y eléusicos blasones;  
historiarán tu busto mis gnósticas succiones,

Glisarán de tus ojos las lágrimas febeas  
como el gotear lumíneo de las antiguas teas,  
glisarán de tus ojos las lágrimas febeas.

Imperial, purpurísima -la sangre de los Flavios,  
que ilustra tus arterias- florecerá en mis labios,  
imperial, purpurísima -la sangre de los Flavios.

Tu lengua es la serpiente de alegres cascabeles,  
híncame su ponzoña más dulce que las mieles;  
tu lengua es la serpiente de alegres cascabeles.

Himen, Graal helénico, hostia de las delicias,  
ofrenda al divo Orfeo tus cándidas primicias;  
himen, Graal helénico, hostia de las delicias.

Mírame, Luna mía, yo soy el blondo Helios;  
la Siringa de Pan ríe en mis Evangelios!  
¡Mírame, Luna mía, yo soy el blondo Helios!

Sin ti, todo es hastío, banalidad, neurosis;  
contigo todo es arte, milagro, apoteosis,  
sin ti, todo es hastío, banalidad, neurosis.

¿Prefieres a las dulces canciones de Citeres,  
las místicas antífonas, los agrios misereres?  
¿Prefieres a las dulces canciones de Citeres?

¿Dónde has visto a la Venus humillarse de hinojos,  
con las manos unidas e implorantes los ojos?  
¿Dónde has visto a la Venus humillarse de hinojos?

¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!  
Ríe, muequea y danza como en las saturnalias,

¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!

## II

¿Sabes la «Buena Nueva»? «Los Dioses ya no existen»,  
por más que los augures ¡ay! en negarlo insisten;  
¿Sabes la «Buena Nueva»? «Los Dioses ya no existen».

Han muerto para siempre de muerte espiritual,  
y sólo resucitan en cada Carnaval;  
han muerto para siempre de muerte espiritual.

«Los Dioses ya no existen», cada cual lo es de sí,  
si te juzgas consciente debes creerlo así;  
«Los Dioses ya no existen», cada cual lo es de sí.

¡El Súper, Dios de dioses, divinidad terrestre!  
Nada hay que le supere; si hubiere ¡que se muestre!  
¡El Súper, Dios de dioses, divinidad terrestre!

¡Somos los Sobrehumanos, las gemas de las gemas!  
¡Supremos reflectores de las Razas supremas!  
¡Somos los Sobrehumanos, las gemas de las gemas!

La Sublime Energía que vitaliza el Orbe  
nos yergue sobre el Todo -y luego nos absorbe;  
la Sublime Energía que vitaliza el Orbe.

## III

Himen, Graal helénico, hostia de las delicias,  
ofrenda, al divo Orfeo tus cándidas primicias;  
himen, Graal helénico, hostia de las delicias.

¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!  
¡Ríe, muequea y danza como en las saturnalias!  
¡Levántate del polvo! ¡Sacude tus sandalias!

Arda tu carne viva, llamee tu interior  
como el ara votiva de un templo del Amor  
arda tu carne viva, llamee tu interior.

Desdobra, quintaesencia, sublima tu Natura,  
glorifica tu sexo hasta la sepultura;  
desdobra, quintaesencia, sublima tu Natura.

Venus Anadiomena, maga de mis sensorios,  
juntos celebraremos los ritos amatorios;  
Venus Anadiomena, maga de mis sensorios.



Mis insomnios perfume, tu husmo corporal.  
Como el sándalo virgen al oasis natal;  
mis insomnios perfume, tu husmo corporal.

Sea el háschich feérico que exalte mis visiones,  
y el narghilé -tu boca, plena de tentaciones-  
sea el háschich feérico que exalte mis visiones.

En todas las pupilas en que Nos se ha mirado  
viose empequeñecido cuando no deformado,  
en todas las pupilas en que Nos se ha mirado.

Carbunclos, esmeraldas, lapislázulis fieles,  
busco los Ojos Únicos -que efigien mis laureles;  
carbunclos, esmeraldas, lapislázulis fieles.

Yo soy el Ecce Homo coronado de espinas,  
sé tú la cruz corpórea que sustente mis ruinas;  
yo soy el Ecce Homo coronado de espinas.

El saber me hizo dios, soy mi divinidad,  
mi orgullo, mi esperanza, mi fe, mi libertad;  
el saber me hizo dios, soy mi divinidad.

¡Favorita del Ultra, novia de Prometeo,  
embriágate de audacia para nuestro himeneo;  
favorita del Ultra, novia de Prometeo!

Deja que cuacarée la turba irracional  
si quieres merecerme encarna mi Ideal;  
deja que cuacarée la turba irracional.

Mas, si en verdad, no sientes nostalgias sobrehumanas,  
olvídame mujer, torna con tus hermanas;  
¡Ay! si en verdad, no sientes nostalgias sobrehumanas.

¡En vano es que me tientes, en vano que me invoques!  
Ni te diré siquiera: «¡Mírame y no me toques!»;  
¡En vano es que, me tientes, en vano que me invoques!

El pálido felino  
A ROBERTO MAGNO.

Carnívoras de América ¿no recordáis quién era

el pálido felino, la aprisionada fiera?

A través de los férreos barrotes presidiarios  
Cupido asaeteaba su pobre corazón;  
y miraba, la sangre gloriosa de los arios,  
fluir bermeja y viva por la mortal prisión.

Y el felino rugía de ardores pasionarios,  
y jadeaba y gemía con ronca entonación;  
y las libres carnívoras, de senos ofrendarios,  
de lejos azuzaban su loca ensoñación.

Algunas más audaces tactaban su melena;  
y si él, por apresarlas, mordía su cadena,  
huían exclamando: «¡Qué monstruo tan feroz!».

¡Oh, como le deseaban y temían las bellas!  
Pues había en sus ojos, candentes como estrellas,  
el genio y la demencia de un trágico ecce-dios.

Carnívoras de América ¿no recordáis quién era,  
el pálido felino, la enloquecida fiera?

El romance de los Disangelios

A MARIO RAPISARDI, VERBO DE LA

ITALIA REVOLUTIVA.

Celui qui me lira, dans les siècles, un soir,  
troublant mes vers sous leur sommeil ou sous leur cendre,  
et ranimant leur sens lointain pour mieux comprendre  
comment ceux d'aujourd'hui s'étaient armés d'espoir,

Qu'il sache, avec quel violent élan, ma joie  
s'est, à travers les cris, les révoltes, les pleurs,  
ruée au combat fier et mâle des douleurs,  
pour en tirer l'amour comme on conquiert sa proie.  
E. VERHAEREN, Les Forces tumultueuses: Un soir.

O vermi, brulicate, affamate, marcite  
ne baratri fangosi, nel dolor seppellite  
l'anime senza nome!

. . . . .  
e per te, vil progenie,  
pane he sospir non ha.

M. RAPISARDI, Giustizia: Il Monumento

Póstuma

. . . . . Había,  
una vez un Universo!...

Y en uno de sus abismos,  
como vertiente de fuego,  
serpeaba una vía láctea  
con tenue claror de ensueño...

Y entre las constelaciones  
de aquella vía de incienso  
errantes en lo infinito  
del insondado misterio  
había una, extraviada  
cabe la vía de ensueño...

Y entre los varios sistemas  
planetarios de aquel reino  
como todos, discurría,  
el ido sistema nuestro...

Y hacia el núcleo del sistema,  
bajo el rojo sol de fuego,  
dócil a las mismas leyes  
que sus hermanos sidéreos,  
como mula de tahona  
girando en círculo eterno  
rodaba el orbe terráqueo  
a la manera de un ebrio,  
cogido en el torbellino  
de su propio movimiento...

La voz del Ecclesiaste

Entre el polvo de los mundos.  
en el osario sidéreo,  
en la loca trayectoria  
del insondado misterio,  
¿qué fue de todo el sistema?  
¿Qué del asteroide nuestro?...

Hay como un doloroso silencio. A poco la voz prosigue.

¿Qué de las floras y faunas,  
de las razas y los pueblos,  
de los países del sol  
y de los mares de hielo,  
de las ciudades gloriosas  
y de los vastos imperios;  
de los dioses de sus cultos  
y del culto de sus genios;  
de las fecundas pasiones  
y los estériles sueños,  
de las olímpicas palmas  
y de los laureles épicos,  
de las triunfales conquistas,  
de las razzias y saqueos,  
de las gozosas matanzas  
y del captar prisioneros;  
de los rebaños de esclavos  
y del traficar de siervos;  
de los osarios pirámides  
y los viaductos sangrientos;  
de las «urbes» formidables  
que a la larga construyeron;  
de las civilizaciones  
que albergaron en su seno;  
de los altos ideales  
que los humanos tuvieron:  
Fe, Arte, Trabajo y Ciencia,  
ritmo y luz, caricia y eco  
del sentir y del saber  
del obrar y del ensueño?

¿En qué forma inmarcesible,  
tras de qué inmortal aspecto  
florece aún su sapiencia,  
palpita quizá su genio?  
¿Qué fue de la humanidad?  
¿De la obra de su esfuerzo?  
¿De su trajinar penoso?  
¿De todos sus vanos juegos?

. . . . .  
. . . . .

Vuelve a hacerse el doloroso silencio. Luego la voz repite como con fruición siniestra:

. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...

. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...

De Ashaverus

Con la ingenuidad grandiosa del primitivo.

Desecaron las marismas,  
fecundaron los desiertos,  
canalizaron los ríos,  
dominaron los océanos,  
rellenaron los abismos,  
reconquistaron los cielos,  
talaron selvas y bosques  
vencieron espacio y tiempo.

Cubrieron los continentes  
de ciudades y de templos,  
iluminaron las noches  
aclararon el misterio,  
con cálculos prodigiosos  
y geniales instrumentos;  
laborearon los metales,  
inventaron otros nuevos;  
fraguaron obras grandiosas,  
tuvieron sublimes éxitos;  
disminuyeron las plagas,  
resucitaron los muertos,  
renovando la edad de oro,  
en dioses se convirtieron,  
hasta transformar el mundo  
en inefable Eliseo.

La voz del Ecclesiaste repite su fúnebre ritornello:

. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...  
. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...

Una voz desconocida

Acaso la de Budda, Zoroastro, Confucio, Sócrates, de alguno de los Cínicos o Estoicos,  
o la del propio Jesús.

¿La terrestre Humanidad  
tuvo humanidad de hecho?...  
¿Superaron a las otras  
especies del Universo?  
¿Amaestraron sus instintos?  
¿Depuraron sus deseos?  
¿Aplicaron sus potencias  
al mutuo mejoramiento?

¿Alguna vez practicaron  
la plenitud del derecho?  
¿Realizaron la justicia  
en la vida de sus pueblos?  
¿Alcanzaron la equidad  
o la graduaron de sueño?

¿Fueron sanos, fueron fuertes  
fueron probos, fueron buenos?  
¿En el sentir y el obrar  
hasta qué plano ascendieron?

¿Lograron emanciparse  
de los ritos fraudulentos,  
de las malsanas costumbres  
y de los usos logreros?

¿Trozaron las tiranías  
de los déspotas soberbios,  
de las castas, de las clases  
y sus prejuicios protervos?  
¿Se adueñaron de las cosas,  
suscitaron los sucesos,  
por la comprensión felice  
de causales y de efectos?

¿Vencieron el fatalismo  
hacia afuera y hacia adentro?  
¿Afinaron sus sentidos?  
¿Adquirieron otros nuevos?  
¿Lograron sensacionarse  
y visionar algo inédito?

¿La esfera de su cultura  
llegó a ubicuar su centro?  
¿Fraguaron nuevas neuronas  
sin perturbar su intelecto?  
¿En ellas, vibró la chispa

de augustos descubrimientos?  
Diz que transformaron todo,  
¿y se transformaron ellos?  
¿Tras de domar la Natura,  
domaron su propio Genio?...

Pues, en verdad, yo os digo  
a guisa de tardo ejemplo:  
-Por si acaso rediviven  
en algún otro Universo,  
nuevos soles, nuevos mundos,  
nuevas faunas, nuevos pueblos  
nuevas civilizaciones  
en la espiral del progreso-.

¡De nada, sirvieron todo  
cuanto honraron, cuanto hicieron,  
si no les volvió mejores  
en obras y en sentimientos!

El anfiteatro de la Historia parece llenarse de remordimientos. Sombras dantescas, como en las perspectivas nórdicas, le obscurecen y pasan... Pasan en fuga, perfilándose macabramente, a semejanza de los beduinos en los crepúsculos tempestuosos del desierto. Luego, las sombras se prosternan, se aplanan horizontalmente, como hundidas por el siroco del Verbo.

Son las sombras de las grandes categorías sociales: de los fallidos de la moral práctica, de los bancarroteros del Ideal... Son las sombras de los arquetipos de la civilización burguesa: guerreros, políticos, agiotistas y mercatores...

La voz de los Siervos de las caravanas

Nos habían desterrado  
a las marismas de cieno,  
tras de quemar nuestros ojos  
con enrojecidos hierros;  
nos habían mutilado  
como fieras, en el sexo,  
para acabar con la raza  
de los fuertes y los buenos.  
Tronchándonos nuestras manos,  
arrancándonos los dedos,  
marcándonos en la frente  
con la marca de los réprobos,  
dejándonos para siempre

desvalidos, indefensos...

Y todo, porque intentamos  
una alianza entre los siervos,  
una amorosa hermandad  
de vergonzantes y hambrientos;  
de cuantos desamparados  
vagaban por el desierto

Porque ¡audaces! cometimos  
el crimen de comprendernos,  
de ayudarnos, de servirnos,  
de amarnos y defendernos,  
y de aprender a dormir  
con ambos ojos abiertos...

Nos habían desterrado  
a las marismas de cieno,  
tras de quemar nuestros ojos  
y mutilarnos el sexo.

Así pasaron las noches,  
así pasaron los tiempos  
y grupos de fugitivos,  
de rebeldes, de libertos,  
dejaron las caravanas  
de raptos, de negreros,  
y en busca de sus hermanos  
llegaron a nuestro seno...

Así las generaciones  
prohibidas se sucedieron,  
en el cieno procreadas  
y alumbradas en el cieno;  
fuera de las capitales  
que sus padres construyeron  
en los oasis amados  
de las fieras del desierto,  
lejos del aire ancestral,  
de sus soles y sus cielos.

Errabundos, chapaleando  
en el tremedal inmenso,  
tropezando en las tinieblas  
con miríadas de esqueletos  
de los padres, de las madres,  
de todos cuantos murieron,



sin ver la sublime aurora  
de los triunfales regresos,  
ni el sol aún más sublime  
del inmortal escarmiento.

Errabundos, chapaleando  
como manadas de puercos,  
las energías chupadas  
cual por tentáculos fétidos,  
sin escuchar más rumores  
que el graznido de los cuervos,  
y el cauteloso sesgar  
de los chirriantes murciélagos,  
el escurrirse y rampar  
de los engendros del cieno,  
y el cobarde suspirar  
de los noctámbulos presos  
en los constrictores limos  
del tremedal cementerio;  
y las rugientes blasfemias  
de los locos y los ebrios,  
y los ayes de las hembras  
y el jadear de los enfermos.

Todo el sucio pesimismo  
de los miserandos éxodos,  
el clamoreo infernal  
de los desterrados pueblos  
que chupaba, como esponja,  
la gran noche del desierto.

La voz ya familiar lanza, desde lo inefable, su fúnebre pregón:

. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...  
. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...

La voz de los Emancipadores  
Dejamos las caravanas  
de traficantes de pueblos,  
y las ciudades fastuosas  
del fraude y el privilegio,  
de las falsas jerarquías,  
del ocio y sus vanos sueños.

Los hijos aherrojados  
de los ilotas del cieno,  
desgarráronnos las fibras  
sensibles de nuestros pechos  
con el tremendo relato  
de los horrores paternos.  
Fuimos a mezclar la sangre  
heroica de aquestes cuerpos  
con la emponzoñada sangre  
de las hijas de los siervos.

Para engendrar una estirpe  
de libertadores férreos,  
con alma de iconoclastas  
y tesón de misioneros.

Para que reconquistaran  
la posesión del desierto,  
las ciudades, los oasis,  
aire y agua, pan y sueño.

Y para que derribaran,  
hasta nivelar el suelo  
las milenarias pirámides  
que respetaron los vientos.

Pirámides que las razas  
de los esclavos hicieron,  
rodando, hombro con hombro,  
sus pedruscos gigantescos  
hasta llenar con sus moles  
la inmensidad de los cielos.  
Pirámides carcomidas  
por la garra de los tiempos,  
llena de gloria por fuera,  
de podre y momias por dentro.

Fuimos a mezclar la sangre  
heroica de nuestros cuerpos,  
con la envilecida sangre  
de las hijas del desierto.

Engendramos una raza  
de gladiadores espléndidos,  
terribles, como leopardos  
y fuertes como camellos.

Todos juntos, en la noche,  
preparamos el regreso,  
desechando las marismas,  
solidificando el cieno,  
laboreando las conciencias,  
marcando los derroteros.

¡Cuántas veces recorrimos  
los fangales del desierto,  
tropezando en las tinieblas  
con miríadas de esqueletos!  
¡Cuántas veces recorrimos  
el tremedal cementerio,  
donde yacían algunos  
encharcados hasta el pecho,  
hasta las rodillas otros,  
muchísimos hasta el cuello;  
¡y tantos hasta los ojos,  
hasta los mismos cabellos!...  
Y los más, ya sumergidos  
para siempre bajo el cieno.

Las sombras gesticulan supremos conjuros. Hundidas en el polvo, husmean el aire revolucionario. Huelen la tempestad que se avecina. Es el momento del ¡Sálvese quien pueda! Pero ninguna de ellas parece poder, querer ni saber hacerlo.

La voz, ya familiar, lanza desde lo inefable su fúnebre pregón:

. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...  
. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...

La canción del Regreso

Cantan los Emancipadores:

Del otro lado del Mundo  
quizá no haya tanto cieno,  
del lado de las Pirámides  
y los oasis ubérrimos.

Iremos a ese otro Mundo,  
aunque se nos caiga el cielo,  
al resplandor de los rayos

y al redoblar de los truenos.

Haremos una calzada  
a lo largo del desierto,  
hasta encontrar tierras firmes  
de tibio y fecundo seno.

¡Vía crucis, vía Apia  
de zarzales y esqueletos,  
de lágrimas corrosivas  
y de sudores sangrientos!...

Hay un momento sublime de silencio. Luego, toda la canalla, como una masa coral  
inmensa, acompaña el canto de los emancipadores en un delirante crescendo,  
verdaderamente resurreccional.

Haremos picos de fémures  
y jabalinas de huesos,  
hondas de humanos tendones,  
y piedras de cráneos yertos,  
y dardos emponzoñados  
con curare de sus sesos.

Llegaremos a la orilla  
del río de sangre y fuego...  
que circunda a las ciudades  
y a los oasis ubérrimos;  
haremos un subterráneo  
bajo el río... y pasaremos.

¡Oh, libertos de la gleba,  
entrañables compañeros!  
¿Cuándo apuntará la aurora  
de los rojos disangelios,  
tras del feroce guerrear  
de los grandes entreveros?...

¿Cuándo habremos de abrazarnos  
sobre los escombros viejos,  
en la solidaridad  
del Amor y del Derecho?

¿Derribadas las Pirámides  
fecundados los desiertos,  
las mentes ascensionadas  
y ennoblecidos los pechos,  
todos uno y uno todos

en el gran Todo Universo?

Las Sombras de los grandes fallidos tienen como un erizamiento de cabellos. Han sentido pasar el escalofrío de Job. Cada categoría de arquetipos parece rebuscar sus instrumentos o atributos profesionales. Los guerreros, sus armas: los emperadores, sus cetros; los pontífices, sus tiaras; los políticos, sus gestos; mercadores, agiotistas, fariseos y publicanos de la sinagoga burguesa, el fruto de los sudores... ajenos. Todos hacen como que empollan sus riquezas; se abrazan a sus privilegios, en vías de ser dispersados por el siroco del Verbo revolucionario... Miran horrorizados hacia los rojos horizontes donde aún se yerguen las viejas Pirámides de su «civilización»: Propiedad privada, Monogamia indisoluble, Estados y cultos, logreros e irracionales... Y tiemblan por las Pirámides y por ellos. Tiemblan, porque sospechan que esta vez el Verbo hecho Humanidad no sólo será siroco ideológico, si que también terremoto económico social... ¡Si sólo viniera el siroco, las Pirámides continuarían intactas! Mas si tras el siroco sobreviene el terremoto... adiós, Pirámides, ¡adiós todo!... El Verbo revolucionario, hecho clase social, hecho Humanidad, está a punto de barrer el desierto de su «Civilización». Y algunas de las Sombras se interrogan: ¿Qué será de nuestras caravanas sociales sin sus Pirámides seculares?... ¿Qué será de nuestras Pirámides sin la idolatría de sus caravanas?

La voz ya familiar, salmodia su fúnebre pregón:

. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...  
. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...

La voz desconocida:

¿Realizaron la Justicia  
aunque fuere a sangre y fuego?  
¿Grabaron al arma blanca  
en el alma de los pueblos,  
como las dobles efigies  
de los medallones regios,  
o las rúbricas fabriles  
de los tajantes aceros:  
en el anverso: Equidad  
y en el reverso Derecho?

Tramontaron las montañas  
del odio y del privilegio  
que, separando a los hombres,  
desnivelaban los pueblos?  
¿Volaron las fortalezas  
y los castillos roqueros,  
las cárceles y abadías,  
los cuarteles y conventos,

las torres dominadoras  
y los subterráneos negros?

¿Terraplenaron un día  
-con manos de satisfechos,  
con lenguas de parlanchines,  
con vísceras de negreros,  
con cuantas literaturas  
opiaron al pobre pueblo-,  
los mares de sangre humana,  
los báratros del subsuelo,  
donde el trágico grisú  
sorprendía a los mineros  
con explosiones de bombas  
y llamaradas de incendio?

¿Derribaron los burdeles,  
los areópagos, los templos  
y las mortuorias ergástulas  
del dios manufacturero?  
Los iconos, las estatuas,  
los símbolos, los trofeos,  
los lábaros, las banderas,  
los arcaicos monumentos,  
las insignias anticuadas,  
flora y fauna de museos?

¿Convirtieron en pavesas,  
dispersaron a los vientos,  
retornaron hacia el polvo  
en reverteris supremo,  
todo el viejo ilusionismo  
de las clases y los gremios;  
de los «oficios divinos»  
y los oficios terrenos;  
de las vestes nobiliarias  
y los hábitos plebeyos;  
de minorías ociosas  
en gracia de vanos fueros,  
y jadeantes mayorías,  
cariátides del progreso?

Hay una pausa, durante la cual el eco de la Voz ya familiar difunde su pregón  
ultraterrestre:

. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...

. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...

La Voz desconocida prosigue su genial catilinaria:

¡Ah, rebaños de la tierra,  
sumisos de todo tiempo,  
laborantes, sudorosos,  
bajo los arduos señuelos!  
¡Lamedores de coturnos,  
escabeles polvorientos,  
acémilas resignadas,  
con vocación de corderos!

¡Y vosotros, criminógenos,  
arrastra-sables abyectos,  
canalla la más canalla  
entre la hez de los siervos,  
chusma degenerescente  
de todos los hemisferios,  
brazos venales de Marte,  
carnadas de mataderos!...

¿Hasta cuándo asesinasteis  
a los hombres, a los pueblos,  
por la fuerza, por la astucia,  
por ignorancia, por miedo,  
por la sugestión del mando,  
y la angurria del ascenso?  
¿Hasta cuándo obedecisteis  
a los vampiros hambrientos,  
conquistándoles naciones  
trocadas en cementerios?

Hasta cuándo les vendisteis  
vuestra sangre, vuestro cuerpo,  
la vida de vuestros hijos,  
el honor de vuestros nietos?

¿Hasta cuándo, sin conciencia,  
sin alma, sin sentimientos,  
merodeando en lo podrido  
y custodiando lo muerto?...  
¿Hasta cuándo, mercenarios?  
¿Hasta cuándo, mazorqueros?

¿Alguna vez comprendisteis

la infamia de tal empleo,  
tras de haberos comparado  
con gusanos cadavéricos?...

¿Alguna vez, las campanas,  
neumáticas de esos pechos  
sorbieron el aire libre  
que renueva a los libertos?

Vuestros corazones broncos  
como badajos de hierro,  
perennemente doblando  
su lento toque de muertos,  
¿nunca jamás repicaron  
su propio Renacimiento?...

¿Alguna vez, redimidos  
de sus legendarios yerros,  
trocáronse para siempre  
en tonantes campaneros  
de la Causa Humanitaria  
y los férreos Disangelios?

. . . . .  
. . . . .

En el silencio de lo inefable pasa una visión. La tempestad del Verbo revolucionario ha barrido el desierto de la «civilización» burguesa. Las grandes Sombras han desaparecido. El terremoto del Verbo, hecho clase social, hecho Humanidad, ha dado al traste con las viejas Pirámides institucionales: Propiedad privada, Monogamia indisoluble, Estado y cultos logreros... Y pasan las nuevas caravanas sociales llenando de cantos de trabajo, de amor y de solidaridad, la interminable peregrinación... El desierto ya no es tal. El acuerdo colectivo hale transformado en un inconmensurable oasis, abierto a todos los seres conscientes de «buena voluntad».

Buen sol para las tierras nuevas del nuevo Mundo. ¡Buen tiempo! ¿Hasta cuándo?...

Hasta el próximo siroco de algún otro Verbo más o menos selectivo, estimulante, ascensional!...

La voz desconocida prosigue su inmortal interrogación:

La terrestre humanidad,  
¿Tuvo humanidad de hecho?  
¿Fue ella quizá mejor  
que otras del Universo?

¿Tras de domar la Natura



consiguió domar su genio?  
Diz que transformaron todo,  
¿y se transformaron ellos?..

Pues, en verdad, yo os digo  
a guisa de tardo ejemplo,  
-por si quizá rediviven  
en algún otro Universo  
nuevos soles, nuevos mundos,  
nuevas faunas, nuevos pueblos,  
nuevas civilizaciones  
en la espiral del progreso-:

De nada sirvieron todo  
cuanto honraron, cuanto hicieron,  
si no les volvió mejores  
en obras y en sentimientos.

Si jamás se emanciparon  
del infer-hombre logrero  
trocándose en super-hombres  
del mutuo mejoramiento.

Si nunca jamás lograron  
la plenitud de sus sueños  
de Libertad, de Justicia,  
de Belleza, de Derecho.

La muerte de la Miseria  
en la vida de los pueblos;  
la apoteosis del Trabajo  
breve y fértil, sano y técnico.

La áurea solidaridad  
en la acción y en el ensueño,  
el acuerdo ascensional  
de todos los intelectos:

El reinado de Utopía  
tronado en los Disangelios.

La Voz ya familiar, con una ironía sobrehumana, salmodia su pregón ultraterrestre:

. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...  
. . . . . Había,  
una vez... un... Universo!...

---

**Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes**

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



**editorial del cardo**